

ESQUILO

AGAMENÓN

*Introducción, guía didáctica
y traducción de*
CARMEN VILELA GALLEGO

© Carmen Vilela Gallego

© Prósopon. Festivales de Teatro Grecolatino

I.S.B.N.: 84-688-4448-9

Depósito Legal: SE-1.813-2003

Impreso en España

Edición no venal

Imprime: Kadmos

Maquetación: PDFsur S.C.A

ÍNDICE

Introducción	9
Guía didáctica	21
<i>Agamenón</i>	25

*A mis compañeros del
Centro de Profesorado de Sevilla,
a ellas y a ellos, sin distinción*

INTRODUCCIÓN

El origen del teatro griego.- La palabra *drama* procede del verbo griego δράω y se refiere a los tipos de poesía que *representaban* la acción de personajes míticos o fantásticos no con relatos, sino mediante la reconstrucción, la *mimesis* de sus actividades. El drama nació y se desarrolló en Atenas en el siglo V a. C. Era un arte compuesto que aunaba la palabra, la música y la danza. Desde este punto de vista el drama antiguo es bastante parecido a la ópera o al teatro musical de nuestra época.

El origen del drama está en el culto de Dioniso, dios de la Vegetación y de los ciclos de la Naturaleza, dios que muere y renace. En los rituales dionisiacos, grupos de hombres ataviados con máscaras e indumentarias que representaban seres míticos -ménades, sátiros, démones o animales- cantaban y danzaban ditirambos y reconstruían, *representaban*, “las cosas (τὰ πάθεα τοῦ Διονύσου) que le ocurrieron a Dioniso”. Sus seguidores entraban en una especie de éxtasis que los sacaba de su propio yo y los hacía creer que eran otra cosa. El dios les mostraba cosas que los demás no podían ver, les presentaba una percepción diferente de la realidad, una realidad que no existía.

El culto de Dioniso está directamente relacionado con dos elementos básicos en la práctica teatral: la perturbación de los sentidos, que nos hace percibir sensaciones inexistentes, y la transformación. De otra parte, Dioniso era el dios de los estratos sociales más pobres y marginados de la sociedad y adquirió una especial relevancia en el periodo de la democracia. En su culto participaban elementos de todas las procedencias sociales sin distinción.

En Dioniso confluyen, pues, los dos más importantes logros de la Atenas del siglo V: la democracia y el teatro. Por esta razón las representaciones teatrales se organizaban siempre en el marco de una fiesta dionisiaca y el primer teatro se construyó en el recinto sagrado de Dioniso el Liberador, al pie de la Acrópolis. Las Grandes Dionisias, la más solemne de las fiestas dionisiacas, acogían los más importantes concursos dramáticos, organizados por el Estado.

Para los atenienses el seguimiento de los certámenes dramáticos no era una simple diversión. Consideraban un deber y un derecho asistir al teatro, como consideraban un deber y un derecho participar en la vida pública de la ciudad. Tampoco existía una separación tajante entre quienes seguían las representaciones y quienes participaban en ellas. Todos los actores eran aficionados y la única limitación era que no podían actuar ni las mujeres ni los extranjeros.

El teatro no era sólo una obra de arte, era una institución ligada a la actividad cívica y social que hay que situar al lado de las demás entidades políticas. Nace en

un lugar y un tiempo concretos: Atenas, siglo V, en un momento en que las antiguas representaciones religiosas, los antiguos valores heroicos, los relatos sobre el mundo que habían sido grandes empiezan a ser pretéritos y su valor y su grandeza se estrellan con los modos de actuación y pensamiento que están naciendo en el nuevo marco de la ciudad. Esto explica el lugar que ocupaban en las comedias y las tragedias los grandes problemas nacionales: la guerra, la paz, la justicia...

La tragedia.- Literalmente significa “canto de la cabra” -esto es una *μολπή*, una combinación de canto y danza realizados ante el altar de Dioniso después del sacrificio de una cabra-, y es una invención griega. Incluso en el sentido moderno la tragedia es una forma griega de arte; sólo en Grecia y en las sociedades influidas por Grecia se encuentra como institución.

En un sentido estricto, la tragedia antigua era una forma de arte muy peculiar, un género aparte que no se confunde con ninguna de las formas que ha adoptado el teatro moderno. Siempre mantuvo algo de este primitivo carácter religioso, sagrado, que se refleja en el juego mismo de la vida y la muerte. Los elementos básicos de la trama trágica son los fuertes conflictos entre los hombres, la relación de los hombres con los dioses y el mundo, los límites de la libertad personal y el papel del destino (*μοῖρα*).

La tragedia no se propone presentarnos la vida del hombre común ni pretende imitar la vida real; sus per-

sonajes no son ciudadanos simples. La condición del personaje trágico es que sea grande: héroes, seres por encima de los hombres y mujeres reales, reyes que vivieron en un pasado remoto, en un tiempo en el que el mundo era muy diferente del mundo de Atenas en el siglo V. Muchas tragedias se desarrollan delante de un palacio o un templo, pero en la Atenas del siglo V ya no quedaban palacios. El héroe trágico se toma prestado del pasado mítico y se coloca en el primer plano del escenario, la mayoría de las veces derrotado y destruido.

Los temas de la tragedia.- Sus temas están sacados de los ciclos míticos. Los mitos eran conocidos por todos y esto facilitaba a los espectadores entender la trama y el argumento y poder captar los detalles. Los mitos, tal como se configuran en la tragedia, contienen intensos enfrentamientos que terminan en catástrofes y muertes, odios, venganzas y antagonismos, a menudo entre amigos o entre miembros de una misma familia. En la tragedia abundan los crímenes sangrientos y los fantasmas familiares: un hermano mata a un hermano, un padre a su hija, una esposa a su marido, un hijo a su madre.

El hecho central de una tragedia es con frecuencia la muerte de alguien. A veces esta muerte está escrita por el destino ($\mu\omicron\iota\rho\alpha$) o es el resultado de la decisión libre de un héroe, consecuencia de su orgullo ($\u03c5\beta\rho\iota\varsigma$). Sin embargo, lo que caracteriza a los argumentos trágicos no es tanto la muerte en escena, que no suele representarse,

sino el sufrimiento de los héroes expuestos a un brusco cambio de fortuna y a la precipitada caída en la ruina (ἄτη) como castigo de los dioses (Δίκη) a su propia grandeza y desmesura (ὕβρις).

Lo trágico implica una ruptura, la vuelta repentina del revés, la catástrofe (καταστροφή), la manifestación de la verdad que se desvela. Algo sucede que destapa la contradicción. La destrucción de los héroes no está motivada por su maldad, sino por su grandeza y su orgullo (ὕβρις) y su propio error o culpa (ἁμαρτία), imposibles de evitar, siendo como son.

La raíz de lo trágico está en la culpa (ἁμαρτία); una culpa que tiene que ver con la libertad, pero también con el destino. Pero en la tragedia no hay buenos y malos; no se contempla la moral. La tragedia muestra cómo el hombre paga por su destino, un destino que se abate sobre él pero que al mismo tiempo le es querido. El hombre hace y elige él solo libremente lo que ya le estaba determinado sin él quererlo. Por esa culpa hay que pagar una expiación ¿Culpa de qué? Para los antiguos la culpa estaba en relación con la Justicia divina (Δίκη) sólidamente establecida en su fundamento. Para nosotros la culpa está en relación con el hecho de vivir en un mundo que nos pone a merced de fuerzas que nadie es capaz de dominar por completo. Culpa es también el ser como somos; el participar de la condición humana, sublime y miserable, a un tiempo.

La destrucción del héroe provoca el dolor y el miedo de los espectadores porque la suerte de los personajes es la suerte de cada cual, nadie se escapa de entre los indi-

viduos que están en el público. Así se entiende la participación del público en una tragedia. La tragedia enseña a los espectadores la fragilidad del poder, la precaria condición de la vida y la quebradiza vanidad del saber humano. La tragedia es una forma de situarse ante el mundo y representarse en el mundo.

La lengua.- Si los personajes son grandes y los temas profundos, el lenguaje ha de ser solemne, bello y enigmático, suntuoso y emocionante, alejado de la lengua cotidiana. En la lengua de la tragedia por encima de todo hay poesía. En la tragedia hay partes cantadas y partes recitadas. Diálogos entre dos actores (nunca hubo más de tres) y cantos del coro.

Como el drama es poesía, está escrito en verso, incluso en las partes dialogadas. Los metros de la lengua griega tienen una particularidad: el griego antiguo tenía vocales con diferente duración temporal (largas y breves) El ritmo resultaba de la alternancia regular de sílabas con diferentes tiempos y no como en las lenguas romances de la alternancia de sílabas tónicas y átonas. El sistema de esta alternancia se llama metro. Había muchos tipos de metros. Los del coro eran más complejos y abigarrados. Los de los actores eran más sencillos y más similares al ritmo natural de la lengua.

Si bien cada tragedia consta de partes bien definidas, un elemento fundamental en toda tragedia es el coro. Para comprender bien el mensaje de una tragedia no se puede prescindir de lo que dice el coro. Característica

básica del coro es la armónica y sintonizada expresión de los coreutas: cantan y danzan como un solo hombre y llevan idéntico atuendo. Van dirigidos por un jefe de coro que se llama corifeo.

El coro está apasionadamente interesado en el resultado del curso de la acción, pero no participa de ella. Se ve dominado por olas de terror, busca las causas de los hechos que presencia, hace reflexiones que dan a la acción una dimensión más profunda. Ilustra al pueblo que ha venido a presenciar el espectáculo, le incita a la moderación y ofrece a los espectadores perspectivas nuevas. Tiene un importante papel educativo.

Esquilo.- Esquilo es el más antiguo de los tres poetas trágicos de los que conservamos obras. Nació en Eleusis, cerca de Atenas, hacia el año 525 y murió en Gela, Sicilia, en torno al 456. Vivió importantes momentos de la vida de Atenas: la tiranía de Pisístrato, las Guerras Médicas y el periodo de formación de la democracia y el imperio ateniense. Un período de efervescencia religiosa, intelectual y política en el que se gesta un orden nuevo humano y divino, en el que nuevas leyes y estructuras están sustituyendo a estructuras más arcaicas.

Cuando Esquilo comenzó a escribir tragedias y a participar en los concursos de representaciones, éstos tenían ya una historia de más de 30 años. Su primera victoria la obtuvo en el año 484. Se sabe que ganó el premio más de 13 veces. Escribió y puso en escena más de noventa tragedias, de las que sólo nos han llegado siete: *Los Per-*

sas (año 472), *Los Siete contra Tebas* (año 467), *Las Suplicantes* (fecha desconocida), la trilogía *La Oresteia* (*Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*) y *Prometeo* (de fecha indeterminada).

Esquilo mejoró la forma de la tragedia, añadió el segundo actor a la escena y limitó el número de miembros del coro y la extensión de su papel, reduciendo las partes cantadas y ampliando los diálogos. Con estos cambios hizo a la tragedia más teatral, le dio más posibilidades de síntesis y movimiento, de acción y de diálogo. Sus tragedias son un gran espectáculo musical y poético con tonos arcaicos y religiosos.

Identificó con Atenas los diferentes lugares en los que se habían desarrollado los mitos que trata en sus obras (Argos, por ejemplo) y también sus protagonistas, haciendo así de Atenas el epicentro. A partir de Esquilo la tragedia se convierte en una enseñanza política y social, en un elemento de cohesión de los atenienses entre sí y en relación a su ciudad. Esquilo es un poeta arcaico y distante, el poeta de la religión de Zeus, dios que castiga la injusticia, el poeta de las ideas. En sus obras subyace el conflicto entre el poder y los súbditos, entre los hombres y las mujeres, entre la justicia y la injusticia.

Agamenón.- Dado que en los concursos un poeta había de representar tres tragedias y un drama satírico, Esquilo escribía trilogías, esto es, tragedias con tema trabado, que permitían desarrollarlo de forma más amplia y

profundizar más en sus planteamientos. *Agamenón*, junto con *Las Coéforas* y *Las Euménides*, constituye la trilogía *La Oresteia*, que se representó en el año 458 y es la única que ha llegado completa hasta nosotros.

Se ha dicho con razón que la *Oresteia* es la creación más grande del espíritu humano. Su fuerza dramática es total; hay un verdadero desarrollo de trama y acción que culmina en un asesinato, una venganza y un juicio. Visto con ojos actuales parecería un simple drama de intriga, pero hay mucho más y muy distinto. A lo largo de estas tres obras Esquilo ha tratado de definir la justicia divina considerando su progresión en una sucesión de generaciones. Como pago de faltas anteriores hay un asesinato llevado a cabo por una mujer culpable, Clitemnestra, y una muerte llevada a cabo por un inocente, Orestes. Por último, un juicio que tiene como jueces a hombres y dioses. El veredicto final supone la conciliación de viejos y nuevos principios.

La primera de las tres tragedias que componen la *Oresteia* es *Agamenón*. El rey está ausente en la guerra de Troya y en el palacio, en Argos, Clitemnestra aguarda la señal que anuncia la victoria de los argivos y el regreso de su esposo para quien tiene planes que él desconoce. La señal llega al fin, y el palacio se agita con la preparación de sacrificios en acción de gracias a los dioses. Los ancianos de Argos (el coro) acuden convocados por la reina; quieren saber qué sucede y la sospecha los lleva a temer terribles males, por cuánto Agamenón ha hecho en el pasado y por cuánto Clitemnestra hace ahora.

Sale Clitemnestra y entona cantos de triunfo porque Troya ha caído, al tiempo que sus palabras encubren un doble sentido y el coro piensa en el pasado y relaciona el miedo que siente con las indirectas de la reina. Viene entonces el heraldo y da la noticia de la toma de Troya y la matanza que allí ha tenido lugar. Cuenta los muchos sufrimientos padecidos en la guerra y anuncia la llegada de Agamenón. Llega Agamenón quien trae como botín de guerra a la hija menor del rey de Troya, la adivina Casandra. Saluda a los dioses y a su tierra y habla lleno de orgullo sobre la destrucción en la que ha sumido a la ciudad de Príamo.

Clitemnestra le da la bienvenida con palabras de doble sentido en las que hace referencia a la alegría que siente por la venida de su esposo, combinando la alegría de la llegada con la alegría del cumplimiento de su plan y la amargura por cuanto sufrió en su ausencia con el agrio sabor de lo que está tramando. Extiende una alfombra roja para que pise sobre ella Agamenón, como si fuera un dios. Entra el rey en palacio caminando sobre el tapiz, seguido de Clitemnestra que suplica a los dioses den cumplimiento a su plan.

Mientras los reyes están dentro de su morada, Casandra, en estado de trance profético, tiene visiones sobre las terribles acciones pasadas de esta familia y describe enloquecida el asesinato que pronto va a tener lugar y su propia muerte. Profetiza también la venganza que va a castigar a los asesinos. Entra a continuación para morir asesinada. Se oyen gritos de muerte dentro del palacio.

Sale Clitemnestra, que entona un canto de triunfo por su victoria al tiempo que el coro le responde cantando el treno (canto de duelo) por la muerte de Agamenón. Le sigue Egisto, su amante, que se jacta de haber llevado a cabo su venganza, narrando los crímenes cometidos contra su familia por la familia de Agamenón. Se suceden escenas de ira y de orgullo, por parte del coro y del amante de Clitemnestra. Esta última cierra la obra.

GUÍA DIDÁCTICA

- [1] Esquilo vivió entre los años 525 y 456 a. C. Haz un esquema de la historia de Atenas en este periodo.
- [2] Después de leer esta tragedia, cuenta su argumento a alguien que no la haya leído aún.
- [3] Busca información sobre los héroes y heroínas que aparecen citados en esta obra y hazte un pequeño fichero.
- [4] Sigue en un mapa de Grecia el itinerario que siguió el mensaje de la toma de Troya mediante la luz de las antorchas (versos 282-315).
- [5] Esquilo gusta de usar bellas imágenes y metáforas como la que aparece en el verso 110: “*una reina de las aves*”... Señala cinco expresiones poéticas, similares a ésta, que aparecen a lo largo del texto.
- [6] En esta obra Esquilo alude a muchos episodios míticos, dando por supuesto que los espectadores los conocen. ¿Los conoces tú? ¿A qué ciclo mítico pertenecen? Haz un breve relato de los mismos.
- [7] Las claves del mensaje que Esquilo quiere transmitir a sus conciudadanos que asisten al teatro están en los cantos del coro. Explica a tus compañeros

qué enseñanzas se pueden obtener de los ancianos argivos (Las claves de estas enseñanzas las encontrarás en los versos: v. 130-140; v. 150-155; v. 165-167; v. 180-185; v. 210-227; v. 250-255; v. 370-375; v. 385-395. v. 460-470. v. 700-710; v. 775-785). En el diálogo cantado entre Clitemnestra y el coro, en las estrofas y antístrofas II, III y IV (v 1450-1560), se resume el mensaje que todos hemos de aprender. Señala cinco frases claves de este mensaje.

- [8] Casandra relata al coro sus visiones sobre el pasado y el futuro de la estirpe de Atreo, pero el coro ni la entiende ni la cree. ¿Por qué no la cree?
- [9] Entre las profecías que anuncia, Casandra alude a la llegada de un vengador (v. 1280). ¿A quién se está refiriendo? Poco después, (v.1315) insiste en que una mujer pagará por su muerte y un hombre por la muerte de un esposo de infortunado matrimonio. Parece como si hablara en clave, pero tú entiendes muy bien lo que quiere decir. Explícaselo a tu profesor.
- [10] Versos 910-915: Explica el doble sentido de las palabras de Clitemnestra.
- [11] En un momento dado de la obra, Clitemnestra hace un ruego a Zeus y le dice “*Zeus, Zeus todo poderoso, atiende mis plegarias y todo aquello que te importa que se cumpla, haz que se cumpla*”. ¿Qué pide que se cumpla? ¿Por qué se lo pide a Zeus?

- [12] La tragedia *Agamenón* es la primera de una trilogía que continúa el argumento y encierra las tesis de Esquilo. ¿Cuáles son las restantes tragedias? Haz un breve resumen de sus argumentos.

ESQUILO

AGAMENÓN

DRAMATIS PERSONAE

VIGÍA: Centinela que en la azotea del palacio hace la guardia de noche esperando ver la señal de las antorchas que anuncian la caída de Troya e informar a la reina.

CORO: Ancianos de Argos. Se muestran angustiados por las desgracias que pesan sobre el palacio. Temen por lo que está sucediendo y por lo que intuyen que sucederá después.

CLITEMNESTRA: La reina, esposa del rey Agamenón, que ahora vive con Egisto. Aguarda el regreso del rey para matarlo.

HERALDO: Taltibio, fiel servidor de Agamenón. Llega y anuncia su regreso.

AGAMENÓN: El rey de Argos y jefe del ejército victorioso en Troya. Antes de partir había sacrificado a los dioses a su hija Ifigenia para obtener vientos favorables a la flota. Morirá asesinado por Clitemnestra.

CASANDRA: Hija de Príamo, rey de Troya. Adivina convertida en esclava por Agamenón.

EGISTO: Hijo de Tiestes, hermano del padre de Agamenón. En ausencia del rey, vive en adulterio con Clitemnestra.

AGAMENÓN

*Palacio de Agamenón en Argos.
En la azotea el vigía hace la guardia.*

VIGÍA.- Un año ya llevo de guardia, noche tras noche tumbado como un perro en la azotea del palacio de los Atridas. He llegado a conocer como la palma de mi mano la bóveda celeste, las constelaciones y los astros, luminosos señores que brillan en el éter y traen a los hombres inviernos y veranos. Ahora aguardo la señal de la antorcha que ha de transmitir la noticia de la toma de Troya. Así lo ordena una mujer de impaciente corazón, osada como un hombre. Cada noche que, 10
en vela, ocupo este camastro, húmedo por el relente y nunca visitado por los sueños, el miedo me acompaña y me impide cerrar los párpados, y cuando trato de canturrear para vencer el sueño, es entonces cuando lamento la desgracia de esta casa, no gobernada ya del mejor modo, como antaño. ¡Ah, ojalá brille en la oscuridad el fuego portador de buenas nuevas y me libere 20
de estos males! (*En la cima del monte brilla la luz de una hoguera*). ¡Ahí está! ¡Salud, antorcha, que anuncias luz de pleno día en medio de la noche y en Argos,

danzas miles por este suceso! ¡Iu, Iu! Voy a dar la señal a la esposa de Agamenón para que salte, presto, de la cama, y haga resonar en palacio cantos de triunfo, que den la bienvenida a esta luz, si en verdad cayó Ilio¹,
30 como anuncia el resplandor de la antorcha.

Ojalá pueda yo estrechar la mano al rey de este palacio, cuando llegue. Lo demás me lo callo. Un gran buey pesa sobre mi lengua, pero esta casa, si tuviera voz, podría contarle con toda claridad. Yo sólo quiero hablar a quienes entienden, para los que no están enterados (*se dirige al público*), nada sé.

(El vigía ha bajado de la azotea y entra en la casa.

Dentro se oyen movimientos y voces. Detrás, en la ciudad, se han encendido hogueras y comienza a oler el incienso. Entra el coro).

CORO.-

PÁRODOS (*El coro entra en escena cantando*)

40 *Es el décimo año desde que los dos litigantes de Príamo, el rey Menelao, y el rey Agamenón, poderosos hermanos Atridas que de Zeus recibieron doble trono y cetro, mil naves de esta tierra levaron, tropa de argivos, gritando Ares con belicoso corazón, como buitres que, fallido el esfuerzo de proteger a sus polluelos, llenos de dolor, revolotean sobre sus nidos con sus*
50 *remos de alas. Sin embargo, al oír su agudo graznido,*

¹ Troya.

allá en lo alto, algún Apolo o Pan o Zeus, envía a los culpables una Erinis que castiga más tarde.

Del mismo modo, el todopoderoso, hospitalario Zeus, envió a los hijos de Atreo contra Alejandro². Por culpa de una mujer de muchos hombres³, se impondrán numerosos combates que extenuan los miembros, rodillas contra el suelo, lanzas rotas de dánaos y troyanos por igual.

Las cosas están ahora donde están, pero acabarán en lo que ya está determinado. Ni sacrificios ni libaciones mitigarán el adverso destino. Nosotros, eximidos de la empresa por nuestros viejos cuerpos, aquí estamos, apoyando nuestras fuerzas de niños en un bastón, que la savia demasiado joven es como la del viejo, carente de fuerza, y Ares no fluye en su pecho⁴ pues la extrema vejez, seco ya su follaje, camina a tres pies, no mejor que un niño que se tambalea como la imagen de un sueño vista en pleno día.

(Mientras, aumentan las muestras de altares encendidos)

Pero tú, hija de Tindáreo, reina Clitemnestra, ¿qué tienes? ¿Qué hay de nuevo? ¿Qué has sabido? ¿Qué noticia has creído que te impulsa a hacer sacrificios en toda la ciudad? Arden de ofrendas los altares de todos nuestros dioses protectores, de los del cielo, de los subterráneos, de los que guardan la ciudad. De

² Paris, hijo del rey de Troya, Príamo.

³ Menelao, Paris, y Deífobo.

⁴ No tienen fuerza para la guerra.

aquí y de allá, por doquier, se elevan hasta el cielo las
llamas perfumadas de aceite aromático de suaves estí-
mulos, ofrenda del palacio real. Dime lo que te sea
posible, lo que esté permitido. Habla y pon remedio a
mi ansiedad, que unas veces se torna en angustia y
100 otras, a la vista de los sacrificios que estás realizando,
en esperanza que ahuyenta este miedo que corroe mi
alma.

Estrofa I

Dueño soy de cantar el mando de hombres en pleno
vigor que, guiados por augurios propicios, dirigieron la
expedición. Mi mucha edad, por voluntad divina, aún
inspira persuasión a mi canto. Cantaré cómo el ave de
la guerra envió lanza y mano vengadora contra tierra
110 teucra⁵, el doble poder de los aqueos que al unísono
dirigen la helena juventud. Una reina de las aves⁶ se
apareció a cada uno de los reyes junto a la casa, en
lugar destacado, a la derecha. Una era negra, la otra
negra pero con cola blanca. Despedazaron a una liebre
a punto de parir, cortándole su última carrera.
120 ¡Ayuda, Dios, ayúdanos, y que triunfe el bien!

Antístrofa I

El adivino del ejército, intérprete infalible, al ver a los
Atridas, dobles en su carácter, reconoció en las aves
devoradoras de la liebre a los héroes que ostentan el

⁵ Troya, por Teucro, fundador de la dinastía.

⁶ El águila.

*mando supremo y dijo así, explicando el prodigio:
 “Tardará, pero este ejército conquistará la ciudad de
 Príamo. Todas las riquezas acumuladas por el pueblo
 tras los torreones serán saqueadas por la Moira
 implacable. Sólo pido una cosa: que la envidia de un
 dios no caiga como negra nube sobre el gran freno que
 se va a poner a la boca de Troya⁷. Ártemis, la virgen,
 la compasiva, odia a los alados perros de su padre⁸
 que mataron a la mísera liebre antes del parto. Odia
 el banquete de las águilas.
 ¡Ayuda, dios, ayúdanos, y que triunfe el bien!* 130

Epodo

*La dulce diosa que ama a los cachorros de león y dis-
 fruta con las crías de las fieras del campo, pide que
 interprete estos presagios, visiones favorables, al
 tiempo que inquietantes. 140
 Invoco a Peán⁹ salvador: que la diosa no envíe vientos
 contrarios a los dánaos que retengan las naves ancladas
 largo tiempo, exigiendo un nuevo sacrificio, impío, sin
 festín, causante de disputas familiares que ni al marido
 respetan, pues aguarda una terrible guardiana de la
 casa, pérfida, dispuesta a lanzarse de nuevo, el Resenti-
 miento, que no olvida y quiere vengar a los hijos¹⁰”.* 150

⁷ Metáfora que alude a Troya como un caballo con freno.

⁸ Las águilas, aves de Zeus.

⁹ Apolo, hermano de Ártemis.

¹⁰ Referencia al sacrificio de Ifigenia y la actuación posterior de Clitemnestra.

Tal destino funesto a la casa real, mezclado con grandes venturas, interpretó Calcante a partir del augurio de las aves.

¡Ayuda, dios, ayúdanos, y que triunfe el bien!

Estrofa II

Zeus, quienquiera que sea, si así le place ser llamado, con este nombre yo lo invoco.

Después de haberlo comparado todo, no encuentro nada igual a Zeus que pueda aligerar el aplastante peso de esta angustia.

Antístrofa II

170 *Ni siquiera de aquel que antes fue grande, que rebo-
saba audacia en el combate, se recordará que un
día existió¹¹. El que nació después, se fue tras
encontrar un vencedor¹². Sólo el que entona cantos
triumfales para Zeus conseguirá el saber supremo.*

Estrofa III

180 *Zeus marcó a los mortales el camino que lleva a la
sabiduría al hacer ley que se aprenda con las propias
experiencias, pues el recuerdo doloroso aflora en
nuestros sueños y nos obliga a ser sensatos aun sin
quererlo. Favor impuesto que nos hacen los dioses
desde su venerable trono.*

¹¹ Urano.

¹² Cronos.

Antístrofa III

El caudillo mayor de las naves aqueas, sin hacer una objeción al adivino, aceptó los golpes de un destino fatal cuando vio el sufrimiento del ejército aqueo, hambriento, con las naves varadas allá, frente a la Cálcide, en las revueltas costas de Áulide. 190

Estrofa IV

Del Estrimón soplaron vientos que traían demora, hambre, dificultades para los anclajes, tempestades que dispersaban hombres y arruinaban naves y aparejos. Se dilataba el tiempo; se marchitaba la flor de los aqueos. Pero a continuación, un remedio aun más penoso que la penosa tempestad gritó el adivino en nombre de Ártemis, tanto que los Atridas golpearon la tierra con sus cetros sin poder contener el llanto. 200

Antístrofa IV

Entonces, el mayor de los reyes dijo así: “Grave destino acarrea el no obedecer, pero igualmente grave es matar a mi hija, ornato de mi casa, y manchar mis manos de padre con la sangre de una virgen inmolada. ¿Pero qué decisión está libre de males? ¿Cómo voy a abandonar las naves y violar mi juramento de alianza? Lícito es desear con todas las fuerzas que se vierta la sangre de una virgen para calmar los vientos. Que sea para bien.” 210

Estrofa IV

Ante lo que Debe Suceder, agachó la cerviz y una extraña ráfaga exhaló de su pecho. Un viento de pen- 220

samiento impuro, impío, sacrílego, que cambió su mente. Desde entonces, ya se atrevió a todo, porque a los hombres los excita una infausta demencia, confusa consejera, fuente de todo mal. Así, perdidas ya las riendas, sacrificó a su propia hija, como ayuda a una guerra de rescate y rito propiciatorio de la flota.

Antístrofa V

230 *Ni súplicas, ni gritos a su padre, ni su edad virginal
tuvieron en cuenta los caudillos, ansiosos de combate.
Después de la plegaria dijo el padre a los siervos que,
así, tal como estaba, arrebujaada en su manto, agarra-
da al suelo con las uñas, la levantarán, y como una
cabritilla, la pusieran encima del altar y amordazaran
su hermosa boca, ahogando su voz de maldición para
la casa.*

Estrofa V

240 *Atada, amordazada, esparcido por la superficie del
altar su peplo color azafrán, sus ojos suplicaban uno
a uno a sus sacrificadores, penetrantes, como una pin-
tura que quisiera hablar. ¡Cuántas veces, no tocada
aun por varón, con voz pura, en los banquetes de su
padre, en la tercera libación¹³, cantó llena de ternura
el peán en honor de su padre!*

¹³ Después de la comida, antes de iniciar el simposio, se hacían tres libaciones: la primera a los dioses olímpicos, la segunda a los héroes y la tercera a Zeus salvador.

Antístrofa VI

Lo que vino después ni lo vi ni lo digo: el arte de Calcante no miente. Justicia dictamina: se aprende con las propias experiencias. El futuro lo oirás una vez que se haya cumplido, pues vendrá con toda claridad al apuntar la aurora. 250

Ojalá en lo que sigue sea buena la suerte, como lo quiere ésta que se acerca ahora, única defensora y baluarte de esta tierra de Apis¹⁴.

(Clitemnestra aparece en la entrada del palacio)

CORIFEO.- Vengo, Clitemnestra, por respeto a tu poder, pues es justo honrar a la esposa del rey cuando el trono no tiene al varón. Veo que estás haciendo sacrificios por toda la ciudad. ¿Es que has tenido buenas nuevas o esperas recibirlas? Me gustaría saberlo. Pero si no quieres decírmelo, lo comprenderé. 260

CLITEMNESTRA.- Feliz amanecer sigue a una hermosa noche. De tal madre tal hija, como dice el proverbio. Vas a conocer una alegría más grande de lo que esperabas: los argivos han conquistado la ciudad de Príamo.

CORIFEO.- ¿Qué dices? Tus palabras se me escapan. No puedo creerlas.

CLITEMNESTRA.- Que Troya es de los argivos. ¿O no hablo claro?

¹⁴ El Peloponeso.

- 270 CORIFEO.- A punto estoy de llorar de alegría.
CLITEMNESTRA.- Tus ojos delatan tu contento.
CORIFEO.- ¿Es seguro? ¿Tienes alguna prueba?
CLITEMNESTRA.- La tengo, por supuesto, si es que algún dios no me ha engañado.
CORIFEO.- ¿No estarás dando crédito a sueños engañosos?
CLITEMNESTRA.- ¿Soy yo de las que creen lo que dice una mente dormida?
CORIFEO.- ¿Quizá te has dejado llevar de un rumor sin fundamento?
CLITEMNESTRA.- Me tomas por una niña y te burlas de mí
CORIFEO.- ¿Cuándo, cuándo ha sido arrasada la ciudad?
CLITEMNESTRA.- Ya te lo he dicho; esta misma noche que acaba de parir un nuevo día.
- 280 CORIFEO.- ¿Y quién podría traer tan rápidamente la noticia?
CLITEMNESTRA.- Hefesto¹⁵, enviando una brillante luz desde el Ida¹⁶. Luego, a partir del primer fuego que hacía de correo, una hoguera enviaba otra hoguera, hasta llegar aquí. Del Ida al Hermeo, en la pelada Lem-

¹⁵ El fuego.

¹⁶ Monte cerca de Troya.

nos. De Lemnos, el tercero, lo recibió el monte Atos, la
 escarpada roca de Zeus y desde el Atos, la luz, brillan-
 te como el sol sobre el mar, pasó a Eubea, al puesto de
 vigía del Macisto. Éste, presto, vigilante, no descuidó 290
 su parte del mensaje y transportando la luz sobre las
 corrientes del Euripo¹⁷, da la señal a los vigías del
 Mesapio¹⁸, que, a su vez, prendiendo unos brezos secos
 dieron un nuevo impulso a la noticia. La vigorosa luz,
 como risueña luna, a través de la llanura del Asopo¹⁹
 llega a los riscos del Citerón²⁰ donde despierta un
 nuevo relevo de fuego mensajero. La guardia de aquel
 puesto no rehusó enviar lejos una nueva llama más 300
 intensa que las anteriores: su luz sobrepasó el lago Gor-
 gopis²¹ y dio al monte Egíplancto²² una nueva orden de
 encender otra hoguera. La prenden diligentes los de allí
 y envían una enorme lengua de fuego cuyo resplandor
 sobrepasa el promontorio desde el que se ve el golfo
 Sarónico²³. Saltó, llegó al monte Aracneo, puesto de
 observación vecino de la ciudad, y, seguidamente, esa
 luz que no deja de tener por abuelo el fuego del Ida,
 irrumpe en el palacio de los Atridas. Estas instruccio- 310
 nes había dado yo a los portadores de las antorchas:

¹⁷ Estrecho que separa a Eubea de la costa de la península.

¹⁸ Monte de Beocia.

¹⁹ Monte al sur de Beocia.

²⁰ Monte entre el Ática y Beocia.

²¹ En Corinto.

²² En Megáride.

²³ El promontorio Espireo, en la Argólida.

que cada uno tomara el relevo del otro y que en esta carrera la victoria de la primera la cobrara la última. Esta es la prueba y la señal que te doy: desde Troya me la ha enviado mi marido.

CORIFEO.- Repítelo de nuevo, mujer, que quiero oír con detalle tu relato y llenarme de admiración. Más tarde daré gracias a los dioses.

320 CLITEMNESTRA.- En el día de hoy los aqueos son los dueños de Troya. Imagino que se distinguen en la ciudad voces que no pueden mezclarse. Al igual que el aceite y el vinagre no se mezclan si se vierten en una misma vasija, del mismo modo separadas están las voces de desigual destino, las de los vencidos y los vencedores: mujeres abrazadas a los cadáveres de sus maridos y hermanos, o hijos a los de sus padres ancianos, privados ya de libertad, lloran el destino de sus seres queridos.

330 Los otros, los vencedores, fatigados tras una noche de batalla, hambrientos, buscan por la ciudad, en total desconcierto, lo que encuentren al azar. En las troyanas casas conquistadas habitan ya, libres de las heladas y del relente al raso; como bienaventurados duermen de un tirón, sin retenes. Si respetan a los dioses protectores de la tierra tomada y sus templos, los conquistadores no sufrirán a su regreso. Pero que no los venza una sed desmedida de ganancia, que no destruyan lo que no debe ser destruido, pues para regresar
340 salvos a casa necesitan recorrer aun la otra mitad del

estadio²⁴; y aunque el ejército regrese sin mancha ante los dioses, podría despertar el sufrimiento de los muertos, si es que no acontecen otras desgracias imprevistas.

Lo que oyes son palabras de mujer. Pero que triunfe el bien y que lo veamos. De entre todos los bienes del mundo yo elijo éste.

CORIFEO.- Como un hombre prudente hablas, con sensatez. He oído pruebas fidedignas. Ahora voy a dar gracias a los dioses que han premiado nuestros sufrimientos con una gran alegría.

(Comienza el canto del coro)

CORO.-

¡Zeus soberano! ¡Noche, gran dispensadora de dones! Tupida red has tendido sobre las murallas de Troya. Nadie, ni grande ni chico puede escapar cogido bajo esta malla de esclavitud ineluctable, ruina que todo lo envuelve. Al gran Zeus, protector de los huéspedes, venero, al causante de todo, el que ha mantenido tenso largo tiempo su arco contra Alejandro, para no errar el blanco disparando más corto o llegar a los astros.

Estrofa I

De Zeus es la herida; el golpe tiene su señal. Actuó como consideró oportuno, y el que diga que los dioses

²⁴ Compara la victoria en la guerra con la victoria en una competición deportiva. Se refiere también al regreso.

no reparan en los mortales que pisotean lo sagrado, es un impío. Cuantos respiran guerra sin razón y osan llenar sus casas con bienes que sobrepasan lo justo, pagan en sus descendientes. Dichoso el que se contenta con una riqueza moderada y es prudente. No encontrará murallas donde refugiarse el hombre que pisotea los sagrados principios de la Justicia.

Antístrofa I

Lo obliga Tentación funesta, hija irresistible de Error, mal consejero. Y no existe remedio. La maldad no permanece oculta, brilla radiante como el sol. Al igual que se muestra ennegrecido por los golpes y el uso el oro falso si se somete a prueba, así también la Justicia deja al descubierto al hombre injusto que como un niño persigue a un pájaro inasible, acarreando a la ciudad insoportable infortunio. Ningún dios escucha sus plegarias. Al hombre que se complace con lo injusto los dioses lo aniquilan. Esto hizo Paris, vino al palacio de los Atridas y escarneció una mesa hospitalaria con el rapto de una esposa.

Estrofa II

Ella, dejando a sus conciudadanos fragor de lanzas y escudos y una flota de guerra equipada, se atrevió a lo que no es tolerable y traspasó las puertas de Ilio aportando como dote la destrucción. Los adivinos de palacio decían con grandes lamentos: “¡Ay, ay del palacio, ay del palacio y de sus reyes! ¡Ay del lecho y las huellas de pasos tras el amor de un hombre! Aban-

donado, deshonrado, sin reproches, resignado, se pueden ver sus silencios. Por la añoranza de la que huyó allende el mar, se diría que un fantasma reina en la casa. Odiosa es al marido la gracia de las bellas estatuas y en su mirada, fija y como perdida en el vacío, está ausente toda Afrodita²⁵".

Antístrofa II

En sus sueños aparecen dolorosas visiones, portadoras de vana alegría, porque cuando más deleite siente, la visión se desliza de sus brazos tan veloz como los alados caminos del sueño." 420

Éstas son las penas que hay en el palacio, en las piedras del hogar. Pero hay otros sufrimientos peores que estos: en cada casa es palpable el dolor que oprime el corazón por los que partieron de la tierra de Helen²⁶. Son muchas las desgracias que atenazan el alma. Cada uno tiene presente el rostro de aquel al que despidió, pero en lugar de hombres, vuelven a casa urnas y cenizas. 430

Estrofa III

Ares, el que cambia oro por cuerpos, el que en el combate equilibra el fiel de la balanza, desde Troya envía a las familias, en vez de hombres, restos incinerados en ligeras urnas que hacen llorar amargamente. Gimen sobre los héroes y los elogian uno por uno: a éste como diestro en la lucha, a ese otro, que cayó 440

²⁵ El deseo sexual.

²⁶ Grecia.

450 como un valiente en la matanza por causa de la mujer
de otro. Esto mascullan entre dientes y el dolor va car-
gado de odio contra los Atridas vengadores. Otros
muchos, jóvenes y bellos ocupan tumbas, allí mismo,
al pie de las murallas de Ilio. Los aplasta la tierra que
ellos aplastaron.

Antístrofa III

460 Grave es la voz de un pueblo con resentimiento, la
deuda de su maldición se paga. Angustiado estoy espe-
rando escuchar lo que aún ocultan las sombras, porque
a los dioses no pasan desapercibidos quienes causan
innúmeras muertes. Las negras Erinis, con el tiempo,
sumen en la oscuridad al que obtuvo fortuna contra la
Justicia y con lento desgaste cambian su suerte. No
tiene defensa el que se encuentra entre los que ya no
existen. Es muy grave escuchar excesivas alabanzas,
470 pues el rayo de Zeus irrumpe contra estas familias.
Prefiero una dicha que no provoque envidias. No quie-
ro ser saqueador de ciudades, ni, vencido, ver mi vida
sometida a otro.

Epodo

480 El rápido rumor de la antorcha portadora de buenas
noticias recorre la ciudad, pero si es verdadero o un
engaño divino ¿quién puede saberlo? ¿Quién es tan
insensato o tan corto de mente como para prender su
corazón con la llama de estas nuevas noticias y sufrir
si cambia el relato? Es propio de mujeres alegrarse
antes de la evidencia, que las mujeres, crédulas en

exceso, se dejan persuadir con demasiada rapidez, y la noticia que difunde una mujer tiene corta vida.

(Se acerca un heraldo)

CLITEMNESTRA.- Pronto lo sabremos. Veo venir a un
heraldo coronado con ramas de olivo, señal de buen
augurio. El polvo, hermano y vecino sediento del
barro, me confirma esto: que trae noticias de viva voz
que aumentarán nuestra alegría. ¡Ojalá sea la feliz con-
tinuación de las venturas ya manifestadas! No quiero
admitir algo distinto. 490

CORIFEO.- Quien desee otra cosa para esta ciudad que
coseche el error de su pensamiento. 500

HERALDO.- ¡Amada tierra de mi patria argiva! He lle-
gado a ti después de diez años, consiguiendo cumplir
una sola esperanza de entre muchas ya rotas: venir a
morir a Argos y ser enterrado aquí; algo que nunca me
hubiera atrevido a pedir a los dioses. ¡Salud, tierra
mía! ¡Salud luz del sol! ¡Y a ti, Zeus supremo! ¡Salud 510
a ti, soberano Pitio, que ya no disparas tus flechas con-
tra nosotros! Bastante hostil nos fuiste junto al Esca-
mandro. Ahora, Apolo, sé nuestro salvador y sanador.
Invoco a todos los dioses del combate, y a mi protec-
tor, Hermes, heraldo amigo, venerado por los heraldos.
Saludo también a los héroes²⁷ que nos despidieron.
Que acojan de nuevo propicios al ejército que no se 520
cobró la lanza.

²⁷ Los antepasados enterrados en la patria

530

¡Ah, palacio real! ¡Amados techos! ¡Venerables tronos! ¡Estatuas de los dioses ante el sol, como otrora! Recibid a nuestro rey con mirada risueña, con el boato debido, después de tanto tiempo: pues viene el soberano Agamenón, portando una luz que brilla en la noche para vosotros y para todos estos. Dadle un gran recibimiento como se merece. Ha destruido Troya con la piqueta de Zeus vengador y ha arrasado su tierra. Los templos de los dioses y sus altares han desaparecido. Cualquier atisbo de simiente que pudiera surgir en esta tierra está completamente destruída. Tal yugo le ha impuesto el soberano Atrida, y llega aquí como el hombre más digno de veneración de todos los de ahora. En efecto, ni Paris, ni la ciudad en su conjunto, puede jactarse de una acción más grande que su sufrimiento, ya que, condenado a pagar por raptó y robo, perdió lo raptado y cosechó completa ruina para la casa de su padre y su país. Por duplicado han pagado sus errores los hijos de Príamo.

CORIFEO.- ¡Salud, heraldo del ejército aqueo!

HERALDO.- ¡Salud! Ya pueden los dioses decretar mi muerte. La aceptaré sin oponerme.

540 CORIFEO.- ¿Te atormentó la añoranza de la patria?

HERALDO.- Tanto que lloro de alegría.

CORIFEO.- ¿Os contagiasteis de esta dulce dolencia?

HERALDO.- ¿Cómo dices? Habla con claridad para que te comprenda.

CORIFEO.- Estabais heridos por el amor de quienes os correspondían con su amor.

HERALDO.- ¿Quieres decir que también vosotros añorabais al ejército?

CORIFEO.- ¡Cuántos gemidos no habrá lanzado mi corazón, lleno de incertidumbre!

HERALDO.- ¿Cuál era la causa de ese desasosiego? ¿El ejército?

CORIFEO.- Hace tiempo que tengo el silencio como remedio de mi desgracia.

HERALDO.- Pero estando los reyes ausentes, ¿a quienes temías?

CORIFEO.- A quienes temo ahora. Tanto que, como tú 550
has dicho, morir es una gran alegría.

HERALDO.- Pero todo ha terminado bien. Aunque, a decir verdad, en un espacio tan largo de tiempo, hubo momentos felices y los hubo amargos. ¿Mas quién, excepto los dioses, disfruta de una vida sin ningún sufrimiento? ¡Si yo contara nuestras fatigas e incomodidades!... Los estrechos espacios en las naves, los malos catres... ¿Hubo algún momento del día sin motivo de quejas? En tierra, la angustia era aun peor: nuestras camas estaban junto a las murallas del enemigo. El rocío del campo y la humedad del cielo calababan nuestros huesos y ponían nuestra ropa hirsuta. ¿Y qué decir del invierno que mata a los pájaros? Las nieves del Ida 560

nos lo hacían insufrible. ¿Y el bochorno del verano, cuando, en la calma chicha de mediodía, el mar dormita en un lecho sin olas...? ¿Pero a qué lamentarse? Pasaron las calamidades. Pasaron también para los muertos, que no volverán a padecerlas nunca más. En cuanto a nosotros, los que del ejército argivo hemos quedado, si se comparan la ganancia con los sufrimientos, la ganancia inclina la balanza. ¿Para qué contar los muertos? ¿Qué necesidad hay de que el que sobrevive sufra por una suerte adversa? Así que, alegrémonos por estos sucesos y quienes hemos vagado por mar y tierra digamos ufanos ante esta luz del sol: “El ejército de los argivos ha conquistado Troya y ha dedicado el botín en sus templos a los dioses de Grecia.” Y quienes esto oigan, que elogien a la ciudad y a sus generales, y sea igualmente honrada la gracia de Zeus que lo hizo posible. Ya estás informado.

CORIFEO.- Me has convencido; no lo niego. El viejo, como el joven, siempre puede aprender. Pero es lógico que tus palabras interesen sobre todo al palacio y a Clitemnestra, aunque yo también me he beneficiado de ellas.

(Clitemnestra, que permanecía dentro mientras hablaba el heraldo, sale de nuevo y oye las palabras del coro)

CLITEMNESTRA.- Cuando el resplandor de la hoguera me trajo en la noche la primera noticia de la destrucción de Troya grité de alegría y alguien me reprochó: “¿Das crédito a señales de hogueras y crees que Troya ha sido tomada? ¡Con qué facilidad se enarbola el corazón de

una mujer!” Me tomaba por loca. Aun así, yo seguía haciendo sacrificios, y los hombres, como mujeres, entonaban el canto de triunfo por toda la ciudad, alabando a los dioses, y adormeciendo en los templos la perfumada llama que consume las ofrendas.

Pero a qué continuar hablando. El propio rey me informará de todo. Ahora me apremia recibir con todos los honores a mi esposo que ha regresado. ¿Pues qué alegría más grande hay para una mujer que abrir la puerta a su marido que vuelve vivo de la guerra por voluntad divina? 600

Anúnciale esto a mi esposo, que regrese lo más pronto posible. Que la ciudad lo quiere. Que a su vuelta, encontrará en palacio una mujer fiel, tal cual la dejó, perro guardián de su casa, dulce para él y terrible para sus enemigos, y la misma en todo lo demás, que no ha roto ningún sello²⁸ en todo este tiempo. Que no conozco el placer de otro hombre, ni murmuraciones de censura más de lo que conozco dar brillo al bronce. No es vergonzoso que una mujer noble se jacte de algo que es verdad. 610

(Clitemnestra entra otra vez en palacio)

CORIFEO.- Oíste sus palabras. Son muy claras si se saben interpretar. Dime ahora, heraldo, por Menelao te pregunto, rey amigo de esta tierra, ¿regresa sano y salvo con vosotros?

²⁸ Los tesoros estaban sellados.

620 HERALDO.- Desaparecieron él y su nave. Esa es la verdad.

CORIFEO.- ¿Lo visteis salir sólo de Ilio, o una tempestad, que os cogió a todos, lo separó del ejército?

HERALDO.- Has dado en el blanco como buen arquero. Has sintetizado en pocas palabras un gran desastre.

630 CORIFEO.- ¿Qué dicen los marineros de los otros barcos, lo dan por vivo o por muerto?

HERALDO.- Nadie sabe nada seguro, sólo el sol que alimenta la tierra.

CORIFEO.- Dime, ¿fue la ira de los dioses la que envió la tempestad contra la flota? ¿Cómo sucedió? ¿Cómo terminó?

640 HERALDO.- No se debe enturbiar un día tan feliz contando desgracias. No mezclemos los honores debidos a cada dios. Cuando un mensajero con semblante sombrío anuncia a una ciudad la terrible desgracia de que su ejército ha sido aniquilado, una sola herida que afecta a la ciudad en su conjunto, pero también a muchos ciudadanos en particular -que doblemente golpea Ares- apesadumbrado por este infortunio, debe entonar un peán a las Erinis. Pero el que, como yo, viene portador de buenas noticias sobre sucesos de salvación, a una ciudad feliz y próspera, ¿cómo voy a mezclar la alegría con el dolor contando la tempestad que sufrieron los aqueos, a la que, desde luego, no fue ajena la cólera divina?

Se conjuraron el fuego y el mar, antes enemigos, y 650
 sellaron su pacto destruyendo el infortunado ejército
 de los argivos. En medio de la noche sobrevino una
 terrible tempestad. Se levantaron vientos de Tracia
 que destrozaban los barcos. Éstos, chocando violenta-
 mente sus espolones entre sí y contra el oleaje, por la
 fuerza del tifón enfurecido y el envite de la lluvia,
 desaparecían en el remolino de ese mal pastor²⁹. Por 660
 la mañana, cuando brilló el sol, vimos todo el mar
 Egeo sembrado de cadáveres de guerreros aqueos y
 restos de sus barcos. Nosotros y nuestra nave no sufri-
 mos daños. Un dios, que no un hombre, cogiendo el
 timón nos sacó de allí o intercedió en nuestro favor.
 Fortuna salvadora, gustosa, tomó asiento en nuestra
 nave, de modo que ni donde anclamos nos zarandé el
 oleaje ni encallamos en los escollos de la costa. Des-
 pués, tras haber escapado de aquel Hades marino,
 durante el claro día, sin creer aun nuestra suerte, 670
 rumiábamos la nueva desgracia del ejército, destroza-
 do y desaparecido. Lógicamente, si alguno de aque-
 llos queda vivo, a nosotros nos creará muertos, ¿cómo
 no? Y lo mismo pensamos nosotros de ellos. ¡Ojalá
 haya sucedido lo mejor!

Así pues, en primer lugar y sobre todo, espera que
 vuelva Menelao, pues si algún rayo de sol sabe que
 está vivo, con la ayuda de Zeus, que no quiere que aún
 se pierda su linaje, cabe la esperanza de que regrese a 680
 su casa. Lo que acabas de oír es la verdad.

²⁹ Poseidón.

CORO.-

Estrofa I

690 ¿Quién le puso tan adecuado nombre? ¿Qué mano oculta del destino guió su lengua tan acertadamente y llamó Helena a la que su esposo reclama con la lanza en la mano, la disputada, la destructora de naves, la conquistadora de hombres, la devastadora de ciudades³⁰? Haciendo honor a su nombre, abandonó sus fastuosos velos, y se hizo a la mar con el soplo del Céfiro. Miles de hombres portadores de escudo, siguiendo tras la huella invisible de los remos, abordaron las frondosas orillas del Simoente³¹, por causa de la sangrienta Discordia.

Antístrofa I

700 La Ira, la que siempre cumple sus planes, boda de duelo³², -que este es su verdadero nombre-, impuso a Ilion para que, con el tiempo y los designios de Zeus protector del hogar, pagaran el ultraje a la mesa aquellos que impíamente cantaron la canción en honor de la novia, el himeneo, que a los parientes correspondió cantar entonces. Pero la antigua ciudad de Príamo ha olvidado la canción de boda y ahora entona un canto cargado de lamentos y llora por la sangre de los ciudadanos vertida inútilmente y llama a Paris “el del funesto lecho”, el que destruye todo lo que toca.

710

³⁰ Juego de palabras en griego: ‘Ελένη, ‘Helena’/ἐλεῖν, ‘destruir’, con una falsa etimología.

³¹ Río de Troya.

³² En griego κῆδος significa ‘boda’ y ‘funeral’. Se refiere a la unión de Helena y Paris.

Estrofa I

*Un hombre crió en su casa un cachorrillo de león
arrebatado a su madre cuando aún mamaba. Manso 720
fue en los primeros años de su vida, juguete de los
niños, deleite de los viejos. Muchas veces, como a un
niño de pecho, lo tuvo en sus brazos y él miraba con
sus ojos brillantes vueltos hacia la mano, moviendo la
cola acuciado por su vientre hambriento.*

Antístrofa I

*Pero pasando el tiempo, mostró la naturaleza que le
transmitieron sus padres: devolvió el favor a quienes 730
lo criaron con una gran matanza de ganado; se pre-
paró un festín sin ser invitado. La casa se llenó de san-
gre. Dolor sin remedio para sus habitantes. Terrible
ruina cargada de muerte. Había criado en su casa un
sacerdote de Ate³³ enviado por un dios.*

Estrofa II

*Yo podría decir que, de igual forma, a la ciudad de Troya
llegó un alma apacible, una dulce imagen de riqueza, el
dardo delicado de unos ojos, una flor de amor que hiere
el corazón. Pero torciendo su camino, consumó el amar-
go rito de la boda, funesto acuerdo, funesta compañera
de los hijos de Príamo, una Erinis enviada por Zeus que
hace llorar a las jóvenes esposas. 740*

³³ Ofuscación que ocasiona la ruina.

Antístrofa III

- 750 *Hay una sabia sentencia dicha entre los hombres desde
antiguo: “cuando la prosperidad de un hombre está en
su plenitud engendra hijos, no muere sin ellos, sin
embargo, de la buena fortuna brota insaciable miseria a
su linaje”. Pero yo tengo otra opinión: la impiedad nace
de otra impiedad a su imagen y semejanza, pues un lina-
760 je justo obtiene en suerte buenos hijos.*

Estrofa IV

- La Desmesura antigua hace nacer otra nueva en los
hombres perversos, tarde o temprano, cuando llega la
hora fijada del parto. La acompaña una deidad inven-
770 cible, imbatible, impía, la violenta Ate, funesta como
sus siniestros padres.*

Antístrofa IV

- Pero Justicia brilla en las casas de los pobres, enne-
grecidas por el humo y recompensa al hombre hones-
to. En cambio, huye de las moradas decoradas de oro
780 por manos manchadas; les da la espalda, y se dirige a
las piadosas, sin respetar el poder de la riqueza. Todo
lo lleva a su término.*

*(Entra Agamenón en su carro acompañado
de Casandra y un séquito)*

*¡Rey Agamenón, conquistador de Troya, hijo de Atreo!
¿Cómo llamarte? ¿Cómo mostrarte el debido respeto
sin extralimitarme ni quedarme corto? Hay muchos
hombres que estiman más las apariencias que la rea-
lidad, violando la justicia. Ante el fracasado, cual-*

quiera está dispuesto a fingir que siente pena, sin que 790
 su corazón esté afectado en absoluto, o aparenta ale-
 grarse con la felicidad de otro mostrando falsas son-
 risas. Pero al que es buen conocedor de su rebaño no
 se le escapan los ojos que muestran su alegría con un 800
 cariño adulterado. En cuanto a mí, cuando en otro
 tiempo preparabas la expedición por causa de Helena,
 no me parecías sensato ni capaz de gobernar tu pro-
 pia mente, no voy a ocultarlo, porque te empeñabas en
 infundir ánimos con sacrificios³⁴ a hombres condena-
 dos a muerte de antemano. Pero ahora, desde el fondo
 de mi corazón amigo, te digo contento: “bien está lo
 que bien termina”. Con el tiempo, vas a averiguar
 quién de los ciudadanos vela por la ciudad con justi-
 cia y quién lo hace de un modo no conveniente.

AGAMENÓN.- Es de justicia que en primer lugar salude 810
 a Argos y a los dioses de nuestro país, cómplices de mi
 regreso y de las justas acciones que ejecuté en la ciudad
 de Príamo. Los dioses sin atender alegatos decidieron
 unánimes la destrucción de Troya. Depositaron en una
 urna sangrienta sus votos de muerte y condena, acercan-
 do la mano vacía a la otra³⁵, en la que sólo quedó la espe-
 ranza. Todavía una humareda señala el lugar de la ciudad
 conquistada; una vorágine de locura permanece allí, 820
 cenizas por doquier, y el olor de riquezas quemadas.

³⁴ El de Ifigenia.

³⁵ En las votaciones había dos urnas, una para los votos condenatorios y otra para los absolutorios. Se acercaba la mano a las dos para guardar el secreto de lo que se había votado.

Por esto debemos eterna gratitud a los dioses, porque
vengamos un vergonzoso rapto. Por causa de una
mujer toda una ciudad ha sido reducida a sus cimien-
tos. Un monstruo argivo, fruto del vientre de un caba-
llo, pueblo en armas, irrumpió al ponerse las Pléyades.
Saltando las murallas, un león carnicero lamió sangre
de reyes hasta saciarse.

830 Lo que he dicho, en honor de los dioses lo dije. (*Se diri-
ge al coro*) En cuanto a tu advertencia, la he oído y la
tendré presente. Comparto tu opinión, pocos hombres
son de natural proclives a alabar al amigo que triunfa sin
sentir envidia. Un malsano veneno corroe el corazón y
hace doble la aflicción del que ese mal padece: sufre por
sus propias desdichas y además se lamenta al ver la
dicha ajena. Yo puedo decir esto porque lo sé; conozco
bien la condición del trato entre los hombres: los que
parecían serme leales no eran sino la imagen de una
840 sombra. Excepto Odiseo, que fue a Troya contra su
voluntad. Lo digo en su favor, esté vivo o muerto. (*En el
fondo de la puerta aparece Clitemnestra*).

Por lo que atañe a la ciudad y a los dioses, celebrare-
mos públicos debates en asamblea y lo decidiremos;
pensaremos el modo de que permanezca para siempre
850 lo que está bien y trataremos de aplicar un remedio a
aquello que lo necesite, cortando o cauterizando con
cuidado para curar la enfermedad.

Ahora entraré en el palacio, en mi hogar, y antes de
nada rendiré honores a los dioses que me enviaron

lejos y han propiciado mi regreso. Y que la victoria, si es verdad que me sigue, permanezca para siempre.

(Clitemnestra ya ha entrado en escena y ha oído las palabras de Agamenón).

CLITEMNESTRA.- Ciudadanos de Argos, venerables ancianos aquí presentes: No me avergüenzo de dar muestras ante vosotros del apasionado amor que siento por mi marido. Con los años pierde el pudor el ser humano. No voy a contaros algo que haya oído de otros, sino las desgracias de mi propia vida durante su ausencia en Troya. En primer lugar, es terrible para una mujer quedarse sola en una casa sin un hombre oyendo innumerables maledicencias: vienen unos y otros, y cada uno trae a la casa el rumor de un infortunio mayor que el anterior. Si este hombre hubiera recibido tantas heridas como decían, tendría más agujeros que una red. Y si hubiera muerto tantas veces como aseguraban las habladurías, podría jactarse de ser un segundo Gerión, que recibió tres veces sepultura porque murió una vez por cada uno de sus tres cuerpos.

Por causa de estas supercherías malintencionadas, en más de una ocasión hubieron de soltar del techo, contra mi voluntad, el nudo corredizo que ya oprimía mi garganta.

(Se dirige a Agamenón).

Éste es también el motivo de que no esté aquí presente, como debía, nuestro hijo Orestes, garante de nuestra mutua confianza. No te extrañe su ausencia, lo está criando en Focea nuestro fiel aliado Estrofo,

que me hizo comprender la posibilidad de una doble desgracia, tu muerte en Troya, y que una revuelta derribara al Consejo, como es connatural a los mortales: pisotear al que ha caído. Esta medida no encierra engaño.

890 En cuanto a mí, ya no me quedan lágrimas, se han secado las fuentes de mis ojos; han enfermado de llorar despierta hasta muy tarde, temerosa de que no se encendieran las señales luminosas mensajeras de tu vuelta. Si me adormecía, me despertaba por el simple zumbido de un mosquito y en mis sueños veía en torno a ti más terrores que los que cabían en el tiempo que dormía.

900 Pero ahora, después de haber sufrido tanto, libre ya de penas, puedo llamar a este hombre perro guardián de mi casa, traversa de la nave, sólido pilar del techo, hijo único para un padre, fresco manantial para el sediento caminante, tierra firme avistada por los marineros contra toda esperanza, claro día después de la tormenta. Es tan dulce escapar de un mal inevitable...

En verdad, digno de estos nombres lo considero. Y ojalá la envidia permanezca lejos de nosotros, que bastante hemos sufrido en el pasado. Ahora, esposo querido, baja del carro, sin que tu pie pise la tierra, mi rey, devastador de Troya.

910 ¡Esclavas, a qué esperáis!. Se os ha ordenado cubrir con alfombras el suelo que ha de pisar; que todo su camino sea rojo; que Justicia lo lleve a una mansión

que no esperaba. Lo demás, decretado ya por el destino, esta mente que jamás descansa se encargará de que se cumpla justamente, con la ayuda de los dioses.

AGAMENÓN.- Hija de Leda, guardiana de mi casa, extensas han sido tus palabras, proporcionales a mi ausencia. Dignos de la ocasión son tus elogios, pero son otros quienes deben proferirlos. Por lo demás, no me trates con tanta molicie, como si fuera una mujer, ni me agasajes, rodilla en tierra, como a un bárbaro, ni a mi paso extiendas tapices que generen envidia. Los tapices son para los dioses, pero yo soy un simple mortal, y realmente me daría miedo caminar sobre ellos. Quiero decir que me honres como a un hombre, no como a un dios, que mi fama resuena por sí sola, y no precisa de tapices ni cosas parecidas. La prudencia es el mayor regalo de los dioses. Hay que llamar dichoso al que acaba su vida en dulce prosperidad. Si en todo pudiera yo actuar así, estaría seguro. 920 930

CLITEMNESTRA.- Pues bien, respóndeme con franqueza.

AGAMENÓN.- Ten por seguro que no voy a engañarte.

CLITEMNESTRA.- ¿Prometiste a los dioses obrar así por miedo?

AGAMENÓN.- Lo habría prometido si alguien, conocedor de esta ceremonia, me hubiera prevenido.

CLITEMNESTRA.- ¿Qué crees que hubiera hecho Príamo de haber obtenido tu victoria?

AGAMENÓN.- Estoy seguro de que habría caminado sobre los tapices.

CLITEMNESTRA.- Entonces, no temas las censuras de los hombres.

AGAMENÓN.- Pero la opinión del pueblo tiene mucha fuerza.

CLITEMNESTRA.- Sí, sin embargo el hombre que no es envidiado no es digno de envidia.

940 AGAMENÓN.- Ni es propio de una mujer buscar discusión.

CLITEMNESTRA.- También a los afortunados les viene bien ser vencidos de vez en cuando.

AGAMENÓN.- ¿Tanto valoras tú la victoria en esta disputa?

CLITEMNESTRA.- Hazme caso, vas a salir ganando.

AGAMENÓN.- Bueno, ya que te empeñas, que me quiten las botas que esclavizan mis pies, y ojalá no despierte la envidia de los dioses cuando pise la alfombra roja. Me turba pensar que voy a arruinar la casa estropeando con mis pies objetos de tanto precio. Pero que así sea. *(Muestra a Casandra y habla sobre ella).*
950 Esta mujer troyana que viene conmigo debe ser tratada con bondad. La deidad mira con agrado al vencedor compasivo³⁶, pues nadie lleva el yugo de la

³⁶ Ironía.

esclavitud por su gusto. Ella, flor escogida de entre muchas riquezas, es el premio recibido del ejército. En fin ya que me obligas, entraré en palacio pisando la alfombra roja.

(Agamenón baja del carro y empieza a andar)

CLITEMNESTRA.- Ahí está el mar –¿quién podrá agotarlo?– Produce mucha púrpura y en el palacio la hay en abundancia para teñir nuestros vestidos, porque gracias a los dioses, nuestra casa, mi rey, no sabe de pobreza. Yo habría hecho promesa de pisar muchas alfombras como ésta en ofrenda por tu retorno, si así me lo hubiera pedido el oráculo, pues cuando en la casa hay un árbol que mantiene viva la raíz extiende su follaje y da buena sombra. Así eres tú; tu vuelta al hogar es como disfrutar de un día cálido en pleno invierno y en el verano, cuando Zeus hace madurar la uva de la que saldrá el vino, el regreso de un marido a casa es como si entrara una fresca brisa. 960

¡Zeus, Zeus, todopoderoso, atiende mis plegarias, y todo aquello que te importa que se cumpla, haz que se cumpla!

(Mientras, Agamenón está bajando del carro y va a pisar la alfombra para entrar en la casa) 970

CORO.-

Estrofa I

¿Por qué este temor pertinaz revolotea sobre mi corazón agorero? Mi canción es un vaticinio que

980 surge espontáneo y sin paga, y mi alma asustada ni
se atreve a conjurar el futuro escupiendo, como en
los sueños de sentido oscuro³⁷. Ha mucho tiempo ya
que los barcos halaron amarras en la arena, cuan-
do el ejército partió en las naves hasta el pie mismo
de Troya.

Antístrofa I

990 He visto tu regreso con mis propios ojos; testigo soy de
ello. Sin embargo, sin valor para abrigar el más míni-
mo atisbo de esperanza, desde lo más profundo de mi
ser, brota el fúnebre canto sin lira de la Erinis. Mis
sentimientos no hablan sin razón a mi mente. Mi cora-
zón voltea en torbellinos que se cierran³⁸. Ojalá lo
1000 que espero sea mentira y no alcance cumplimiento.

Estrofa II

1010 La sed de salud nunca se sacia por completo, un débil
muro la separa de su vecina, la enfermedad. El desti-
no de un hombre cuando llevaba un rumbo derecho,
inesperadamente, choca contra un escollo invisible y
si aligera el barco tirando por la borda una parte cal-
culada de las mercancías para salvar el resto, no se
hunde la nave; no naufraga del todo una casa repleta
de bienes. Los abundantes dones que vienen de Zeus y
la cosecha que cada año dan los campos bastan para
curar el hambre.

³⁷ Escupir conjuraba los malos augurios anunciados en sueños.

³⁸ Nótese el empleo de los términos: φρένες, el *diafragma*, la *mente* en plural, sede de la inteligencia, κέαρ: el *corazón* en cuanto órgano físico, y σπλάγχνα: las *vísceras del vientre*, sede de los sentimientos.

Antístrofa II

Pero la negra sangre de un hombre una vez que cae a la tierra ¿qué encantador con sus conjuros podrá hacer que retorne de nuevo a las venas? Incluso a aquel que era hábil en hacer volver de entre los muertos³⁹, Zeus lo detuvo para mayor tranquilidad. Y si los dioses no hubieran puesto una parte (del coro) enfrentada a la otra para que no lleve de más⁴⁰, mi corazón, adelantándose a mi lengua mostraría lo oculto. Pero ahora gime en la oscuridad, afligido, sin esperar que mi mente excitada devane algo oportuno. 1020 1030

(Entra en escena Clitemnestra y se dirige a Casandra)

CLITEMNESTRA.- ¡Ven dentro! ¡A ti te digo, Casandra! Puesto que Zeus, sin resentimiento, ha determinado que participes con los demás esclavos en las abluciones junto al altar doméstico, baja de ese carro. No seas orgullosa. Se dice que el hijo de Alcmena en cierta ocasión también fue vendido como esclavo y se vio obligado a comer el pan de la esclavitud. Y ya que tu suerte se inclina inevitablemente a este destino, es un gran privilegio tener unos amos ricos desde antiguo, pues los que se han enriquecido sin esperarlo tratan a los esclavos con más crueldad de la que es 1040

³⁹ Asclepio

⁴⁰ Alusión a las dos mitades en que se divide el coro y que se distribuyen el contenido de las estrofas. Juego de palabras: en griego, *μοῖρα* significa *parte*, lo que le toca en suerte a una persona; de ahí, también *destino*.

debido. Tú recibirás el trato que aquí acostumbramos a dar a los siervos, ni más ni menos.

(Casandra está en el centro, temblando.

El corifeo se dirige a ella)

CORIFEO.- Te lo ha dicho con toda claridad. Estás cogida dentro de fatales redes, así que es mejor que vayas con ella. Debes obedecer, aunque comprendemos que no quieras.

1050 CLITEMNESTRA.- Si no tiene una lengua bárbara, ininteligible como la de una golondrina, le hablaré al corazón y trataré de convencerla.

CORIFEO.- Síguela. En tu situación, es lo mejor que puede decirte. Obedécele y baja del carro.

1060 CLITEMNESTRA.- No tengo tiempo para esperar aquí en la puerta. En el altar del santuario del palacio aguardan las ovejas para el sacrificio. Y tú, si vas a participar ¡vamos! date prisa. *(Dirigiéndose al corifeo)* Díselo tú con gestos, no sea que no entienda nuestra lengua.

CORIFEO.- Parece necesitar un buen intérprete. Está temblando, como un animalito salvaje recién capturado.

CLITEMNESTRA.- Verdaderamente está fuera de sí y da rienda suelta a su extraviada mente. Acaba de abandonar su ciudad, recién conquistada, y no está acostumbrada aun a soportar la brida sin echar espuma de sangre por la boca, llena de rabia. No voy a rebajarme; no seguiré hablándole.

CORIFEO.- A mí me da pena. No puedo enfadarme con ella. Ven, pobre muchacha, cede ante lo inevitable y acepta tu yugo.

(Clitemnestra ha entrado en palacio. Casandra comienza a hablar con una expresión cada vez más extraviada)

Estrofa I

CASANDRA.- ¡Ay, ay, ay! ¡Apolo, Apolo!

CORIFEO.- ¿Por qué lanzas lamentos a Loxias⁴¹? No es un dios de lamentos.

Antístrofa I

CASANDRA.- ¡Ay, ay, ah! ¡Apolo, Apolo!

CORIFEO.- De nuevo invoca con lamentos a un dios que no acepta los trenos⁴².

Estrofa II

CASANDRA.- ¡Apolo, Apolo, protector de las calles! 1080
¡Apolo, mi destructor! Por segunda vez me has abati-
do sin piedad.

CORIFEO.- Tengo la impresión de que va a vaticinar sus propios males. Algo divino hay en su mente, aunque sea esclava.

⁴¹ Apolo.

⁴² Cantos de duelo.

Antístrofa II

CASANDRA.- *¡Apolo, Apolo, protector de las calles,
mi destructor, ay! ¿A dónde, a dónde me has traído?
¿A qué casa?*

CORIFEO.- A la de los Atridas. Si no sabes lo que esto significa, yo te lo digo. Y no podrás decir que es mentira.

Estrofa III

1090 CASANDRA.- *¡Ay, ay! ¿A una casa que odian los
dioses, testigo de muchos crímenes, asesina de la
propia familia, matadero de hombres, suelo que
rezuma sangre!...*

CORIFEO.- La extranjera parece tener buen olfato.
Como un sabueso sigue el rastro de un crimen que va
a encontrar.

Antístrofa III

CASANDRA.- *Doy fe a estas señales: niños pequeños
que lloran su degüello. Carnes asadas servidas a su
propio padre.*

CORIFEO.- Conocemos tu fama de adivina, pero no
necesitamos profetas ahora.

Estrofa IV

1100 CASANDRA.- *¡Ay, ay! ¿Qué se está maquinando?
¿Qué nuevo mal es éste? Horrible, horrible es el cri-
men que se trama en esta casa, insoportable para los
amigos, sin remedio. Y la ayuda está lejos⁴³.*

⁴³ Alusión a Orestes.

CORIFEO.- No comprendo esos vaticinios. Los otros (los de los niños) los conozco. Toda la ciudad habla de ellos.

Antístrofa IV

CASANDRA.- *¡Ay, miserable! ¿Lo llevarás a cabo? A tu marido, al que comparte tu cama, mientras lo lavas en el baño... ¿Cómo diré el final? ¡Va a ser rápido, una mano se estira primero, luego la otra, levantándolas!* 1110

CORIFEO.- Sigo sin comprenderlo. Estoy perplejo, los enigmas ahora se convierten en oscuros oráculos.

Estrofa V

CASANDRA.- *¡Ay, ay! ¿Qué es esto que aparece ante mis ojos?... ¡Es una red, una red de Muerte! ¡No! La red es la mujer que comparte su cama, la cómplice del asesinato. ¡Que la maldición de esta estirpe, insaciable, lance agudos lamentos por un sacrificio abominable!*

CORO.- *¿A qué Erinis animas a gritar contra el palacio? No me hacen gracia tus palabras. Un escalofrío recorre mi pecho, como el del herido en combate que agoniza y se apaga su luz. Rápida avanza la desgracia.* 1120

Antístrofa V

CASANDRA.- *¡Ay, ay! ¡Mira, mira! ¡Aparta al toro de la vaca! Lo tiene atrapado entre telas y lo golpea con instrumento de negra cornamenta. Se desploma en un baño lleno de agua. Te hablo de un baño que mata a traición.*

- 1130 CORO.- *Yo no sé interpretar vaticinios, mas lo que estoy oyendo me suena a una desgracia. ¿Pero cuándo se ha dado un vaticinio bueno a los mortales? A juzgar por estos infortunios, la palabrería de los adivinos sólo sirve para infundir temores.*

Estrofa VI

CASANDRA.- *¡Ay, ay, qué infausto destino el mío! Estoy gritando mi propia muerte añadida a la otra. ¿Para qué me trajiste aquí? ¿Para morir contigo? ¿O para qué si no?*

- 1140 CORO.- *Estás enloquecida; poseída por un dios cantas tus penas como el rubio ruiseñor que, sin consuelo, gritaba “Itis, Itis”, lamentando en su atribulado corazón un destino repleto de desgracias⁴⁴.*

Antístrofa VI

CASANDRA.- *¡Ay, ay! ¡Qué suerte la del melodioso ruiseñor! Los dioses le concedieron alas y una dulce vida sin lágrimas. A mí, en cambio, sólo me aguarda el golpe fatal de una lanza de doble filo.*

- 1150 CORO.- *¿De dónde sacas esos violentos augurios, esas vanas desgracias? Entonas horrible cantar subiendo la escala de tus gritos siniestros. ¿De dónde viene esta espantosa música que marca infortunios?*

⁴⁴ Se refiere a Procne, que, por celos de su esposo, mató a su hijo Itis y después se convirtió en ruiseñor.

Estrofa VII

CASANDRA.- *¡Ay bodas, bodas de Paris, ruina de tus seres queridos! ¡Ay río Escamandro que riega mi patria! Junto a tus orillas crecí, desgraciada de mí. Ahora en cambio, haré mis vaticinios en las riberas del Cocito y del Aqueronte.* 1160

CORO.- *¡Ah! Clara profecía, demasiado clara. Hasta un niño de pecho la entendería si pudiera oírla. Herido estoy por el mordisco asesino de tu mala suerte. Escucharte me parte el corazón.*

Antístrofa VII

CASANDRA.- *¡Qué pena, qué pena de mi ciudad, arrasada hasta los cimientos! ¡Ay! ¿De qué sirvieron los innumerables sacrificios de ovejas hechos por mi padre por salvar las murallas? Inútiles fueron; no impidieron que la ciudad padeciera lo que hubo de padecer.* 1170

CORO.- *Repites de nuevo las mismas palabras. Sin duda un dios malévolo te incita a cantar terribles sufrimientos portadores de muerte. Pero el final lo desconozco.*

(Casandra muestra ahora una actitud serena)

CASANDRA.- *Pues bien, mi oráculo se mostrará con toda claridad; no va a quedar oculto tras un velo, como una novia recién desposada. Resplandecerá como la luz del sol que se levanta en el oriente y un dolor mucho mayor que éste lo inundará todo como una inmensa ola.* 1180

1190

Lo diré sin enigmas. Mi olfato sigue el rastro de crímenes antiguos; vosotros seréis mis testigos. Jamás se ausenta del palacio un coro de voces acordes y nunca armoniosas, pues no cantan dichas. Es cierto lo que digo. Un coro de Erinis familiares, difícil de expulsar, enfurecidas tras beber sangre humana, permanece en la casa. Aposentadas en las habitaciones entonan un canto, el himno de aquella primera locura origen de todas las demás⁴⁵. Una a una, escupieron furiosas a quien pisoteaba el lecho de su hermano⁴⁶.

Dime, ¿he fallado el tiro o he alcanzado la pieza como un buen arquero? ¿Soy una falsa adivina, una charlatana de las que van de puerta en puerta? Da fe de que conozco las antiguas culpas de esta casa.

1200

CORIFEO.- Me parece asombroso que tú, que te has criado allende el mar, des en el blanco al hablar sobre una ciudad que desconoces, como si vivieras en ella.

CASANDRA.- Apolo, dios de los vaticinios, me asignó esta tarea.

CORIFEO.- ¿Acaso herido por el deseo amoroso, pese a ser un dios?

CASANDRA.- Lo he ocultado hasta ahora. Me daba vergüenza hablar de esto.

CORIFEO.- Los humanos somos más pudorosos cuando somos felices.

⁴⁵ El impío banquete que Atreo ofreció a Tiestes.

⁴⁶ Los amores adúlteros de Tiestes con Aérope, esposa de su hermano Atreo.

CASANDRA.- Me quiso mucho y me concedió este don.

CORIFEO.- ¿Hicisteis el amor?

CASANDRA.- Después de haber consentido, lo engañé.

CORIFEO.- ¿Estabas ya poseída por el arte adivinatoria?

CASANDRA.- Sí, ya vaticinaba a mis conciudadanos lo 1210
que iban a sufrir.

CORIFEO.- ¿Y cómo escapaste indemne a su ira?

CASANDRA.- Después que cometí aquel error nadie
me creía cuando hacía profecías.

CORIFEO.- Pues a nosotros sí nos parecen creíbles tus
vaticinios.

CASANDRA.- ¡Ay, ay! ¡De nuevo veo desgracias! Otra
vez el trance profético me agita y me perturba con
lúgubres preludios. Mirad, mirad, esos niños sentados
en palacio como espectros... ¡Niños asesinados por los
suyos, se podría decir; manos repletas de carne, su
propia carne como alimento! Puede verse que sostie- 1220
nen un lamentable fardo, las entrañas y las vísceras
que su padre degustó en el banquete.

(Casandra parece que ha vuelto en sí)

Por todo ello una leona que se revuelca en la cama y es
guardiana de la casa está tramando venganza ¡ay de mí!
contra mi amo -pues su esclava soy- que ha regresado.
El jefe de las naves, el destructor de Troya, no sabe qué
odiosa perra lo ha recibido lamiéndolo erguida como si 1230
se alegrara; no sabe qué ruina oculta bajo sus palabras.

Tal es su atrevimiento: una hembra es la asesina de un varón. ¿Qué nombre de odioso monstruo le daría para acertar? ¿Serpiente o Escila que vive entre las rocas, perdición de los marineros? ¿Enfurecida madre de Hades que resopla Guerra sin tregua contra los suyos? ¡Qué gritos de triunfo ha lanzado, la desvergonzada, como a la vuelta de un combate victorioso! ¡Aparenta alegrarse con el feliz regreso!

1240 No me importa que no me creáis. ¿Qué más da? El futuro vendrá, y tú que vas a presenciarlo, horrorizado y al mismo tiempo lleno de piedad, me llamarás verídica en exceso.

CORIFEO.- El banquete de Tiestes con carne de sus hijos lo he reconocido y estoy horrorizado. Me aterra lo que has dicho, son hechos ciertos, no visiones. Lo demás que he oído no lo entiendo.

CASANDRA.- Afirmando que vas a presenciar la muerte de Agamenón.

CORIFEO.- ¡No pronuncies palabras de malos augurios, desgraciada! ¡Contén tu lengua!

CASANDRA.- No es un dios sanador el que dirige mis palabras.

CORIFEO.- No lo es, si ocurre como dices. Pero ojalá no ocurra.

1250 CASANDRA.- Mientras tú haces plegarias ellos se disponen a matar.

CORIFEO.- ¿Qué hombre prepara esta desgracia?

CASANDRA.- ¡Qué lejos estás de mis profecías!

CORIFEO.- No entiendo la trama del que va a ejecutarlo.

CASANDRA.- Pues hablo claramente en griego.

CORIFEO.- También la Pitia profetiza en griego, y sin embargo son oscuros sus oráculos.

CASANDRA.- ¡Ay, ay! ¿Qué es este fuego que me invade? ¡Ay, ay, Licio Apolo, ay de mí! Esta leona de sólo dos pies que se acuesta con un lobo en ausencia del noble león, va a matarme ¡pobre de mí! Como si preparara un veneno, a su resentimiento añade mi precio. Afila el cuchillo contra su marido para que pague con su muerte el haberme traído. 1260

¿Por qué llevo este cetro y estas bandas de adivina, prendas ahora ridículas en mí? Las destruiré antes de que llegue mi hora. ¡Fuera! (*Tira sus atributos de profeta*). Al destruirlos me siento vengada. Id a adornar la perdición de otra, no la mía. Mira, Apolo en persona me despoja de mi vestidura de adivina, al ver que estos símbolos me convierten en objeto de mofa de amigos y enemigos... Tiempo ha que soporto que me llamen errática, vidente, mendiga, pobre, desgraciada, hambrienta. Y ahora, el adivino que adivina me hizo, me ha conducido a tal suerte de muerte. En vez del altar de mi casa me aguarda un hacha ensangrentada por el degüello de una víctima aun caliente. 1270

1280 Mas los dioses no dejarán impune nuestra muerte. Algún día vendrá otro vengador, un retoño asesino de su madre que hará pagar la muerte de su padre⁴⁷. Exiliado, errante, expulsado de esta tierra, volverá a ella y pondrá fin a los infortunios de su estirpe. Solemne juramento han hecho los dioses: lo traerá la caída mortal de su padre.

(Casandra vuelve en sí)

1290 Pero, ¿a qué llorar ahora y lamentarme? Después de ver a la ciudad de Troya sufrir lo que tuvo que sufrir y a sus conquistadores cambiar de este modo su suerte por decisión divina, entraré y asumiré mi muerte. A estas puertas, que son las del Hades, invoco: sólo pido que el golpe sea certero, que haga fluir abundante la sangre que trae dulce muerte para que cierre mis ojos sin dolor.

CORIFEO.- Demasiada es tu angustia y demasiada tu sabiduría, mujer. Has llegado hasta el final. Si realmente conoces tu destino, ¿cómo vas tan resuelta al altar, como una ternera reclamada por los dioses?

CASANDRA.- No hay escapatoria, extranjeros. Mi tiempo terminó.

1300 CORIFEO.- Sin embargo, el día postrero suele preocupar a los mortales.

CASANDRA.- Ese día ha llegado; nada ganaré con huir.

⁴⁷ Referencia nueva a Orestes.

CORIFEO.- ¡Qué valentía la tuya! ¡Qué temple!

CASANDRA.- Nadie que sea feliz se ve abocado a oír tales elogios.

CORIFEO.- Morir con gloria es un don para los mortales.

CASANDRA.- ¡Ay, ay de ti, padre, ay de tus valerosos hijos!

CORIFEO.- ¿Qué sucede? ¿Qué terror te hace retroceder?

CASANDRA.- ¡Ah! Todo el palacio exhala olor a muerte que gotea sangre.

CORIFEO.- Es el olor de los sacrificios. 1310

CASANDRA.- Es hedor de sepulcro.

CORIFEO.- No está hablando de incienso de Siria precisamente, a otro olor se refiere.

CASANDRA.- Entraré en la casa para llorar mi destino y el de Agamenón. Voy a morir, extranjeros, pero no gimo como un pajarillo asustado sobre un matorral. Cuando haya muerto, acordaos de esto el día en que una mujer pague por mí y un hombre por un esposo de infortunado matrimonio. A las puertas de la muerte os lo pido como regalo de hospitalidad.

CORIFEO.- ¡Desdichada, me das pena! Estás profetizando tu propia muerte. 1320

CASANDRA.- Una cosa más: ante esta luz del sol, la última que verán mis ojos, pido que los vengadores de mis enemigos hagan pagar a los asesinos por la muerte fácil de una esclava.

1330 ¡Ah, cruel es el destino de los hombres. Una sombra la felicidad. La desgracia, cual esponja mojada, pasa sobre ella y la borra sin dificultad!

(Mientras, va caminando y entra en palacio)

1340 CORO.- *Es condición humana no verse saciado de felicidad. Nadie la rechaza, ni la aleja de su casa gritándole “no entres aquí”. Los dioses bienaventurados concedieron a éste conquistar la ciudad de Príamo. Ha vuelto a su casa colmado de honores divinos, pero ahora, si es verdad que va a pagar por la sangre que antes vertió, y va a cumplir el castigo de otras matanzas muriendo por los que murieron ¿quién, al oírlo, podría jactarse de haber nacido con una vida libre de sufrimientos?*

AGAMENÓN.- ¡Ay de mí! ¡Herido estoy de un golpe certero y profundo!

CORIFEO.- ¡Silencio! ¿Quién grita que está herido de un golpe de muerte?

AGAMENÓN.- ¡Ay, ay! Por segunda vez me hieren.

CORIFEO.- ¡Es el rey quien grita! La acción se ha consumado. Pongamos en común, si es posible, decisiones seguras.

- ¡Convoquemos a los ciudadanos en palacio!

- ¡No! ¡Entremos cuanto antes para sorprenderlos con el
puñal aun ensangrentado en sus manos!
- ¡Comparto tu criterio y voto por entrar en acción! ¡No 1350
hay que demorarse!
- ¡Es evidente! ¡Quieren imponer su gobierno a la ciudad!
- ¡Estamos perdiendo el tiempo! ¡Ellos, en cambio, pisote-
ando nuestra indecisión, no se sientan de brazos cruza-
dos!
- ¡No sé qué decir! Antes de actuar hay que pensarlo
bien!
- ¡Estoy de acuerdo! ¡Dudo que podamos resucitar al 1360
muerto con palabras!
- ¿Por alargar nuestra vida vamos a ceder ante quienes
son la deshonra del palacio y ahora nos gobiernan?
- ¡De ningún modo! ¡Mejor morir! ¡La muerte es más
dulce que la tiranía!
- ¿Acaso por el simple indicio de unos gritos de dolor
vamos a vaticinar que el rey ha muerto?
- ¡Es preciso saberlo con certeza antes de hablar de ello!
¡Una cosa es hacer conjeturas y otra estar seguro de algo!
- Yo estoy resuelto a aprobar esta opinión: saber con cer- 1370
teza cómo se encuentra el Atrida.

*(Aparece Clitemnestra seguida de unos servidores
que portan el cadáver de Agamenón y
lo depositan en el suelo).*

CLITEMNESTRA.- Mis palabras de antes fueron las adecuadas a la situación. No me avergonzaré de decir ahora las contrarias, pues cuando se están maquinando males contra enemigos que tienen la apariencia de amigos, se tienden trampas profundas para que la presa no pueda saltarlas. Mi reclamación por causa de una antigua querella, algo que me preocupaba desde hace tiempo, con el tiempo ha llegado por fin.

Aquí estoy, sobre mi víctima, en el lugar donde lo golpeé.

1380 Obré de forma -no voy a negarlo- que no pudiera escapar a su suerte ni defenderse. Lo envuelvo en una red ineludible -como la de los peces-, el péfido lujo de unas telas. Lo golpeo dos veces y aunque se desploma con dos gemidos, caído ya, lo golpeo una tercera vez; la tercera era una ofrenda prometida a Zeus subterráneo, protector de los muertos. Exhala su alma al caer y arroja un violento chorro de sangre que me salpica con oscura lluvia de rojo rocío y me hace sentirme tan contenta como el grano de trigo que germina con la lluvia enviada por Zeus.

1390 Así están las cosas, venerables argivos. Alegraos si podéis alegraros, que yo me siento orgullosa de ello. Y si estuviera bien verter libaciones sobre un muerto, sobre éste sería justo hacerlo, y aun más que justo, que este hombre ha colmado de maldiciones el vaso en nuestra casa. Pero lo ha apurado hasta las heces él solo a su regreso.

1400 CORIFEO.- Pavor nos causa tu lengua. ¿Cómo puedes hablar con tanta desvergüenza ante el cadáver de tu marido?

CLITEMNESTRA.- Me ponéis a prueba, como si fuera una insensata. Pero yo con un corazón que no tiembla -e igual me dan tus elogios o tus reproches-, ante vosotros que me conocéis bien, digo: éste es Agamenón, mi marido, muerto por obra de esta diestra mano que ha hecho justicia. Así es.

Estrofa I

CORO.- *¿Qué mala hierba, mujer, criada por la tierra, qué bebida sacada del mar ondulante has tomado para aceptar este crimen y los gritos de maldición de la ciudad? Lo has hundido, lo has apuñalado, ahora serás una mujer sin patria, odiada por el pueblo.* 1410

CLITEMNESTRA.- Ahora me condenas al destierro y al odio de los ciudadanos y a las maldiciones del pueblo, pero en su día no te enfrentaste a este hombre que, sin darle la menor importancia, como si se tratara de la muerte de una res, de una de las muchas ovejas que pacen en sus tierras, sacrificó a su propia hija, mi pequeña, el fruto más querido de mi vientre, como “remedio” de los vientos tracios. ¡No consideraste entonces necesario desterrarlo en pago de sus culpas! Sin embargo te eriges en severo juez de mis acciones. Te lo advierto: puedes lanzarme tales amenazas, porque estoy dispuesta, de igual a igual, a que seas tu quien ejerza el poder si me vences por tu propia mano. Ahora bien, si la divinidad decide lo contrario, vas a aprender a ser prudente aunque seas tardíamente enseñado. 1420

*(Mientras tanto, unos sirvientes portan el cadáver
de Casandra y lo ponen en el suelo)*

Antístrofa I

1430 CORO.- *¡Qué arrogancia la tuya! ¡Qué altivas son tus
palabras! En tus ojos hay un brillo de sangre, como si
te hiciera enloquecer este suceso que destila muerte.
Pero la venganza llegará: privada de los tuyos, paga-
rás algún día golpe con golpe.*

CLITEMNESTRA.- Ahora vas a escuchar la sagrada ley
de mi juramento: Por la venganza de mi hija que se ha
consumado, por la Ruina y por la Erinis, en nombre de
las cuales lo degollé, no existe la más mínima espe-
ranza de que el miedo ponga el pie en palacio mientras
Egisto siga encendiendo el fuego en el hogar y me sea
leal como antes, pues él es el escudo que me infunde
valor, no pequeño por cierto.

1440 Ahí yace ése ¡míralo! el que ha ultrajado a su esposa, el
seductor de Criseidas⁴⁸ al pie de Troya ¡Mira junto a él a
su esclava, la adivina, la profeta, la que compartía su
cama, su fiel amante, la que sobó con él los bancos de las
naves. No han sido tratados de forma deshonrosa. Él yace
del modo que lo veis, ella como el cisne, tras cantar su
último canto de muerte, a su lado, amorosa. Él mismo me
la trajo como condimento al placer de mi lecho!

⁴⁸ Alusión a la hija de Crises, que Agamenón obtuvo como botín de guerra en un asalto a Troya. (Iliada, I).

Estrofa II

CORO.- *¡Ay! ¡Ojalá nos fulmine una muerte repentina, sin mucho dolor, sin retenernos en la cama, una muerte que nos traiga un sueño eterno, interminable, ahora que ha caído el más benévolo de nuestros protectores! Tras haber ocasionado muchos sufrimientos por causa de una mujer, a manos de una mujer ha perdido la vida.* 1450

¡Ay, loca Helena, loca Helena! ¡Tú sola has destruido muchas vidas, muchas vidas al pie de los muros de Troya! ¡Ahora, al final te has teñido con una sangre que no puede limpiarse, ornato de imborrable recuerdo! Si, desde entonces, Discordia estaba sólidamente establecida en esta casa, para arruinar a un hombre. 1460

CLITEMNESTRA.- *No invoques a la muerte, ni, dolido por lo sucedido, vuelvas tu ira contra Helena llamándola destructora de hombres, perdición de los dánaos y causa de perpetuo sufrimiento.*

Antístrofa II

CORO.- *Oh, dios, que irrumpes contra esta casa y contra los descendientes de Tántalo⁴⁹ y afianzas el poder de igual alma de dos hembras⁵⁰, un poder que se clava en mi corazón. Sobre el cadáver, como un ave de presa, se jacta de cantar un himno monstruoso.* 1470

⁴⁹ Los Atridas

⁵⁰ Helena y Clitemnestra

CLITEMNESTRA.- *Has corregido ahora tu opinión, al invocar al dios que tres veces se ha cebado con esta familia. Por él crece en mi vientre este insaciable deseo de lamer sangre.*

Estrofa III

1480 CORO.- *Terrible, terrible e iracundo es el dios del que hablas, ¡ay, ay! Terrible el relato de un destino de ruinas sin fin, ¡ay, ay!, por obra de Zeus, causante de todo, ejecutor de todo. ¿Qué hecho alcanza cumplimiento sin Zeus? ¿Qué desgracia de las sucedidas no es obra Zeus?*

1490 *¡Mi rey, mi rey! ¿Cómo he de llorarte? ¿Qué decirte desde mi corazón amigo? Aquí yaces, en esta tela de araña, exhalando la vida por una muerte impía, ¡ay, ay!, en este lecho propio de un esclavo, abatido por un destino traicionero, por una mano que empuñaba un hacha doble, un hacha doble.*

1500 CLITEMNESTRA.- *¿Y aun pretendes que esto es obra mía? ¡No! No pienses que ésta soy yo, la esposa del rey Agamenón. Bajo la forma de la esposa de este cadáver, el antiguo Vengador⁵¹ de Atreo, implacable, por la macabra cena lo mató, cobrándose un adulto por aquellos niños.*

Antístrofa III

CORO.- *¿Quién va a testificar que no eres culpable de este crimen? ¿Quién va a decirlo? ¿Quién va a decir-*

⁵¹ El dios familiar que venga los crímenes cometidos en los parientes.

lo? Pudiera ser que el Demonio Vengador de esta familia te ayudara, pero el negro Ares, abriéndose camino entre ríos de sangre emparentada, avanza hasta llegar al punto en que hará justicia a la sangre coagulada de los niños devorados en banquete. 1510

¡Mi rey, mi rey! ¿Cómo he de llorarte? ¿Qué decirte desde mi corazón amigo? Aquí yaces, en esta tela de araña, exhalando la vida por una muerte impía, ¡ay, ay!, en este lecho propio de un esclavo, abatido por un destino traicionero, por una mano que empuñaba un hacha doble, un hacha doble. 1520

CLITEMNESTRA.- *No pienso que su muerte haya sido indigna de un hombre libre. ¿Acaso no fue él quien instaló en la casa una páfida ruina? Al tierno retoño que había sembrado en mí, a mi llorada Ifigenia, la trató como no merecía; él sí sufre lo que se merece. Que no se jacte en el Hades, porque ha pagado con la muerte lo que él hizo primero.*

Estrofa IV

CORO.- *Privado como estoy de la hábil ayuda de mi mente, no sé a dónde volverme, ahora que esta casa se derrumba. Me aterra el golpeteo de esta lluvia de sangre que hace tambalear los cimientos del palacio. Ya no es llovizna. Justicia afila su espada en nuevas piedras del Destino para otro nuevo daño.* 1530

¡Ay, tierra, tierra! ¡Ojalá me hubieses acogido antes de ver a este hombre ocupar el fondo de una bañera revestida de plata! ¿Quién lo sepultará? ¿Quién can- 1540

tará su treno? ¿Te atreverás tú a hacerlo? ¿Te atreverás a llorar a tu marido después de haberlo matado? ¿Te atreverás a ofrecer a su alma un homenaje que no es un homenaje, como compensación de las graves acciones cometidas contra todo derecho? ¿Quién entre llantos de sincero dolor pronunciará sobre su tumba el elogio fúnebre por este hombre divino?

CLITEMNESTRA.- No te concierne tal asunto. Yo acabé con él, yo lo maté; seré yo quien lo entierre, pero no con el duelo de los criados ¡No! Cuando cruce el turbulento río de la aflicción, Ifigenia, su hija, saldrá al encuentro del padre, como debe ser, lo abrazará y lo colmará de besos.

Antístrofa IV

1560 CORO .- Un ultraje genera otro ultraje. Es difícil juzgar. Paga el que ha hecho pagar, muere el que ha matado. Mientras Zeus permanezca en su trono, permanecerá vigente esta ley: al que hace le será hecho. Es ley divina, por tanto, ¿quién podría expulsar del palacio la maldición? Esta estirpe está soldada a la destrucción.

1570 CLITEMNESTRA.- ¡Has llegado a la verdad!. Así pues, por mi parte, quiero hacer un pacto con el dios familiar de los Plisténidas⁵²: aceptaré mi destino, por duro que sea. Ahora bien, después, que salga de esta casa, que vaya a destruir a otra familia con muertes parricidas.

⁵² Existe otra genealogía para los Atridas. Plístenes, hijo de Atreo, es el padre de Agamenón y Menelao.

Puedo vivir con poco, con tal de barrer de esta estirpe la locura de hermanos que se matan los unos a los otros.

(Entra Egisto seguido de sirvientes)

EGISTO.- ¡Gozosa luz la de este día portador de justicia!

Hoy sí que puedo decir que los dioses desde las alturas supervisan las malas acciones de la tierra y permiten a los hombres la venganza. Al fin veo con complacencia a este hombre tendido entre las telas que tejen las Erinis, pagando las perfidias urdidas por su padre. 1580

Atreo, rey de esta tierra y padre de éste que aquí tendido veis, expulsó de su casa y desterró de la ciudad a mi padre y hermano suyo, Tiestes, que le disputaba el trono -no voy a ocultarlo-. Cuando el infortunado Tiestes regresó suplicante al hogar, sólo obtuvo una suerte segura: no ensangrentar con su propia muerte el suelo patrio.

El impío padre de este que aquí tendido veis, Atreo, con más alevosía que amistad, fingiendo celebrar, gozoso, un día de sacrificios, como presente de hospitalidad, ofreció a un padre un banquete con la carne de sus propios hijos. Trituró los dedos de los pies y las manos para dejar irreconocible su aspecto humano. Mi padre, en su ignorancia, toma presto una parte y come un manjar funesto -como ves- para este linaje. Después, al descubrir aquella acción execrable, da un grito, cae al suelo vomitando la carne descuartizada, e impreca para todos los Pelópidas⁵³ un destino insoportable y dando una patada a la mesa del banquete 1590 1600

⁵³ Los descendientes de Pélope, padre de Atreo y Tiestes.

lanza una maldición: que así perezca la estirpe entera de Plístenes.

1610 He aquí el motivo de que ahora estés viendo a éste tendido ahí. Yo soy el que, con justicia, ha urdido su asesinato. Yo era su tercer hijo y cuando aun era un niño de pecho acompañé al destierro a mi desventurado padre. Ya mayor, Justicia me trajo de vuelta y aunque no habitaba en la casa, lo alcancé tramando en su totalidad este perverso plan. Ahora, al contemplarlo enredado en las redes de Justicia, hasta morir me parece bello.

CORIFEO.- Egisto, no puedo respetar a quien se jacta de sus crímenes. Afirmas que deliberadamente has matado a este hombre y que tú solo has planeado un crimen que inspira piedad. Pues bien, has de saber que apelando a Justicia tu cabeza no va a esquivar los gritos del pueblo pidiendo tu lapidación.

1620 EGISTO.- ¿Y tú, precisamente tú, dices tal cosa, tú que te sientas en la última fila de remeros⁵⁴ cuando quienes mandan están sobre el puente? Vas a saber qué duro es para un viejo como tú aprender a ser prudente cuando hay que serlo. Cadenas y tormentos de ayuno son remedios infalibles para enseñar a quien no tiene seso. No des un puntapié al aguijón, no sea que se te clave en el pie.

⁵⁴ Es una alusión al pueblo llano. Los remeros, aun siendo ciudadanos, pertenecían al estrato social más bajo. Las trirremes tenían tres filas de bancos de remeros superpuestas una sobre otra.

CORIFEO.- (*Dirigiéndose a Clitemnestra*). Mujer, tú que, en casa, aguardabas que llegara de la guerra mientras, al mismo tiempo, estabas deshonorando el lecho de tu esposo, ¿fuiste tú quién tramó su asesinato?

EGISTO.- También esas palabras serán para ti motivo de llanto. Tu lengua no es como la de Orfeo⁵⁵. Él seducía a todos con su canto, pero tú me irritas con tus necios ladridos. Te haré prender, y una vez sometido te mostrarás más manso. 1630

CORIFEO.- ¿Tú rey de los argivos? ¿Tú, que planeaste su muerte y no te atreviste a ejecutarla con tu propia mano?

EGISTO.- Era evidente que había que engañarlo por medio de su mujer. Yo despertaría sus sospechas; soy enemigo suyo desde hace mucho. Ahora tengo sus riquezas e impondré mi poder sobre los ciudadanos. Quien no obedezca, será uncido a un duro yugo, y no como un potro de tiro bien alimentado, sino doblegado por el hambre odiosa y la oscuridad. 1640

CORIFEO.- ¡Cobarde! ¿Por qué no lo mataste tú solo en vez de servirte de su esposa, deshonor de esta tierra y de los dioses patrios?
Pero Orestes sigue vivo en alguna parte y un día volverá si la suerte le es favorable, para erigirse en verdugo de estos dos.

⁵⁵ Que con su música amansaba a las fieras y atraía a las almas de los muertos.

EGISTO.- ¡Veo que continuas hablando y actuando!
¡Pronto vas a saber lo que es bueno!

1650 CORIFEO.- ¡Adelante, adelante, amigos, compañeros
de armas, la hora se acerca!

EGISTO.- ¡Adelante, adelante, preparados todos!
¡Empuñad la espada!

CORIFEO.- Sea. Tampoco yo rehusó morir empuñando
la espada.

EGISTO.- Estás hablando de morir a quienes, ciertamente, asumen esta suerte.

(Clitemnestra se interpone entre ambos grupos)

CLITEMNESTRA.- No, querido. No ocasionemos más
desgracias. Ya es amarga cosecha las muchas que
hemos recogido. Basta de penas. No nos manchemos
más de sangre.

1660 Marchaos, venerables ancianos, id a vuestras casas
antes de que sufráis las consecuencias. Sucedió
como había de suceder. Si estos infortunios fuesen
suficientes, me daría por satisfecha, pues estamos
heridos por la fuerte garra de un demonio. Éstas son
las palabras de una mujer, por si alguien tiene a bien
oírlas.

EGISTO.- ¿Y que estos desaten contra mí su lengua
insensata? ¿Que tentando su suerte me lancen tales
insultos, diciendo que no ejerzo el poder con prudencia?

CORIFEO.- No sería propio de los argivos adular a un
infame.

EGISTO.- Aún nos veremos las caras, tú y yo, en días venideros.

CORIFEO.- No, si un dios conduce a Orestes hasta llegar aquí.

EGISTO.- Me consta que los desterrados abrigan esperanzas.

CORIFEO.- Vamos, regodéate, mancillando la justicia, mientras puedas.

EGISTO.- Entérate bien. Me las pagarás por tu estupidéz. 1670

CORIFEO.- Venga, pavonéate, como un gallo junto a su gallina.

*(Clitemnestra coge a Egisto del brazo
para entrar en palacio)*

CLITEMNESTRA.- No hagas caso a esos vanos ladridos. Tú y yo pondremos cada cosa en su sitio, ahora que somos los dueños de esta casa.

